

11
CIÓN
TERAL DE BIBLIOT

COPPE

ENRIQUE

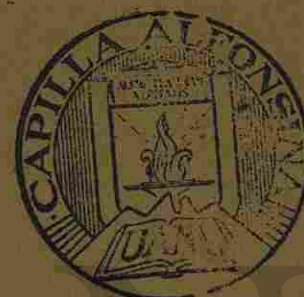
PQ2211

.C3

A62



1020026199

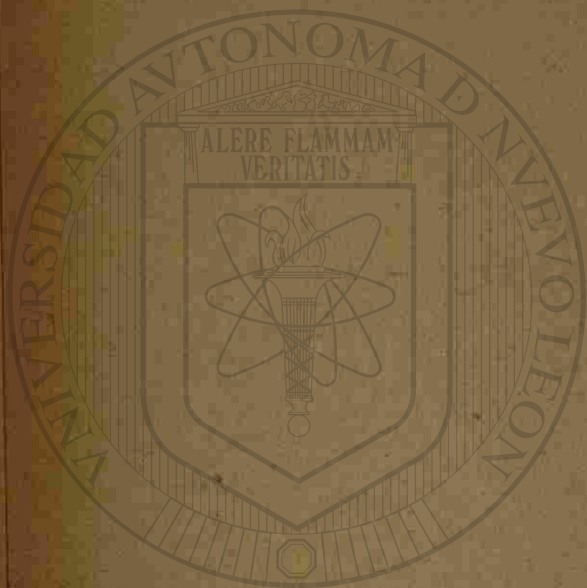


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ENRIQUETA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 27852

Núm. Autor 24851

Núm. Adg. 8-

Procedencia 8-

Precio 600

Fecha 6/11/52

Clasificó 600

Revisó 600

FRANCISCO COPPÉE

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

ENRIQUETA

VERSIÓN CASTELLANA

DE

C. FRONTAURA

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1890

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

098424

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29851

DE VENTA
EN LA LIBRERÍA
DE FÉ
HERRERO HNOS. SOCOS.
MEXICO
PLAZA DE LA CONCEPCION, 7

823.



PQ 2211
C3
A62

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que previene la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1890. — Est. Tip. de Ricardo Fé
Calle del Olmo, número 4.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Adm. 1625 MONTERREY, MEXICO

FRANCISCO COPPÉE

Este nombre, que seguramente no desconoce ningún escritor español, es, sin embargo, completamente desconocido de nuestro público, porque hasta ahora no ha sido traducida ninguna de sus novelas en España; solamente lo han sido algunas de sus poesías.

El editor de este libro, que no solamente posee el conocimiento del ramo de comercio á que se dedica, sino también la inteligencia y el buen gusto de amante de las letras, ha querido reparar una ver-

dadera injusticia ofreciendo al público español aficionado á las obras de imaginación, una de las novelas más tiernas, más sencillas y más interesantes de FRANCISCO COPPÉE, que constituye, como dice un crítico francés, un estudio psicológico de primer orden.

No es Francisco Coppée un escritor con pretensiones de innovador, regenerador y jefe de escuela. Sus obras no necesitan discurso preliminar con prolijas disertaciones sobre lo que es y lo que debe ser la novela; no las informa el espíritu de rebeldía contra el sentimiento religioso; no adolecen de la exageración del realismo con que otros autores logran, llegando hasta el escándalo, una popularidad que, si produce grandes provechos, no es tan honrosa como la reputación que el autor de *Enriqueta* ha conseguido en su país entre el público sano, y no

contagiado, por consiguiente, del materialismo reinante.

Francisco Coppée es hoy en Francia uno de los escritores más leídos, porque es el que mejor y más elocuentemente habla al corazón. Es, como poeta, dulce, tierno, sencillo y verdadero. Sus versos, leídos ó declamados en el teatro de la Comedia francesa por los actores más insignes, han conmovido profundamente á aquel público, y arrancado lágrimas de ardiente amor á la patria; porque Coppée, no sólo es el cantor de los nobles sentimientos del corazón y de los tiernos afectos de la familia, sino también el de las tristezas y las alegrías de la nación francesa. Es un poeta verdaderamente patriota, no populachero, y nadie ha tenido acentos más conmovedores al recordar las desventuras de la Francia en su última guerra, pero ni una frase de adulación ni de fan-

farronería, agradable al vulgo. Francisco Coppée es, sobre todo, un escritor delicado y culto, que con ser sencillo y sincero como pocos, jamás cae en lo chavacano y rastroso. Ama al pueblo, describe sus costumbres con sorprendente inimitable fidelidad, y consagra toda su labor literaria á la familia, á la virtud, al infortunio inmerecido, al valor y al sacrificio, al amor maternal, á todo lo que es grande y digno, á todo lo que es verdadero y humano.

«Francisco Coppée, el poeta de *Las Intimidades* y de *Los Humildes*, dice M. Lescure, es el poeta sincero, familiar, patriota, buen francés y fin parisiense, que ha sabido pintar y elevar á la dignidad del arte los sencillos heroísmos, los oscuros martirios de la vida trabajadora y pobre; que siempre ha tenido dispuesta la ofrenda de su elocuente poesía en los

sucesos de grande importancia para la nación; que ha asociado piadosamente su nombre á todos nuestros aniversarios de gloria ó de infortunio; que ha dedicado siempre con buena voluntad, con amor infinito, sus hermosos versos á todas las adversidades dignas de la caridad nacional, y, en fin, que jamás ha cerrado su puerta á un hombre de ingenio ó á un desgraciado, y nunca ha sido cortesano más que de estas soberanías: el talento y la desgracia.»

Francisco Coppée, hijo de un modesto empleado civil en el Ministerio de la Guerra, nació en París el 26 de enero de 1842.

En sus estudios, según uno de sus biógrafos, no llegó siquiera al bachillerato, porque apremiantes necesidades le obligaron á interrumpirlos para ganar el pan de su familia; pero lo que no estudió en

los Colegios y las Universidades, lo estudió en las Bibliotecas, y, como dice el ya citado M. Lescure, «aunque no llegó á bacher el que ha llegado á ser individuo de la Academia francesa, es un humanista de fino y delicado gusto, y un literato de buena raza. Bien lo ha probado, porque es uno de los que saben hablar mejor y decir lo que conviene en una ceremonia pública ó sobre la tumba de una personalidad ilustre». En efecto, Francisco Coppée habla con suma corrección, y siempre discreta y oportunamente. No es un orador que arrebatara; pero es mejor que esto, porque es un orador que convence.

Sus primeros versos datan de 1863 á 1866, en que Coppée tuvo la fortuna de merecer la amistad de otro escritor ilustre, Catulo Méndez; los coleccionó con el título de *El relicario*, dedicando el libro

al que entonces llamaba *su maestro*, y hoy es su colega en la Academia, el sabio Leconte de Lisle.

Siguió al *Relicario* otra colección, *Las Intimidades*, y después *Poemas modernos*, en los que hay maravillas de ternura y de observación. Muchos de estos poemas fueron declamados por los actores en el teatro, y también en los salones, y conquistaron desde luego para su autor la popularidad, el nombre, tan codiciado como merecido. En 1869 se estrenó en el Odeón el poema dialogado *Le Passant*. A este propósito, dice M. Lescure en su estudio biográfico-crítico de Francisco Coppée, publicado en *La Lecture* de 10 de enero del presente año:

«*Le Passant*, dice, fué puesto en escena en el Odeón por casualidad. La señorita Agar necesitaba un acto inédito para la noche de su beneficio, y por una dichosa

inspiración pidió este acto á Coppée; y así fué como apareció en la escena, con emoción y aplauso unánime de la multitud inteligente, aquel incomparable Zannetto, especie de querubín florentino; aquel adorable pajecillo errante de la canción y de la gracia de Dios, cuyo retrato acababa de hacer, por adivinación, Pablo Dubois, el gran escultor, en su *Cantor florentino*. La estatua que tanto llamaba la atención en aquella época, revivía en carne y hueso en los graciosos movimientos y en las candorosas actitudes, aun ingenuas, de una actriz jovencita que empezaba su carrera de teatro, y que dió á aquel exquisito y simpático personaje los tesoros de su voz de oro, puro y sin mezcla, y el encanto de su rostro y de su talento: Sarah Bernhardt.

En 1870, en el teatro de la Comedia francesa, se representó *Los dos dolores*,

otra escena de incomparable ternura y de gran verdad. Estalló la guerra con Prusia, y Coppée fué el inspirado intérprete del sentimiento de la patria. Después de la guerra, en la que cumplió su deber de ciudadano y de parisiense, volvió á continuar su hermosa labor. *Los humildes*, *Olivier*, *El cuaderno rojo*, *Los paseos é interiores*, las *Elegías*, los *Cuentos en verso* y los *Cuentos en prosa*, vinieron sucesivamente á dar testimonio del fecundo y sólido ingenio del poeta. Su drama *Severo Torelli*, representado en 1883 en el Odeón, le abrió las puertas de la Academia. Fué elegido el 21 de febrero de 1884 por 24 votos contra 8 que obtuvo Emilio Montaut.

Desde entonces, Coppée no ha cesado de trabajar. Ahora mismo, después de haber escrito *Los Jacobitas*, *Por la Corona*, *Enriqueta*, *Toda una juventud*, *Un*

idilio durante el sitio; después de una larga serie de obras honradas, de esas que hacen mucho bien á la sociedad y á la familia, el tierno poeta, el ingenioso escritor, alejado siempre de las luchas políticas y consagrado constantemente al bien, ha merecido la censura de un gobierno poco liberal, aunque se llama republicano, que le prohibió la representación de una preciosa obra inspirada en su ardiente patriotismo y en el sentimiento de la fraternidad, que, sin duda, en boca de los republicanos es una palabra vana. Esta obra se titula *Pater*, y su argumento es un episodio conmovedor.

La acción se supone en los últimos días de la *Commune*, en una casa próxima á la calle de Haxo. La lucha es terrible; los federales han fusilado á los rehenes, entre ellos á un sacerdote, hermano de una anciana que el poeta presenta. El oficial,

que ha mandado el fusilamiento, se refugia en casa de esta pobre mujer, pálido, aterrado, porque las tropas de Versalles le persiguen de cerca y le van á fusilar si le cojen. Suplica á la hermana del cura que le salve. La mujer tiene un momento de vacilación; pero se acuerda de su hermano, de su bondadoso *Pater*, y perdona á quien la ha ofendido. Coje una sotana del mártir y se la da al verdugo para que le ampare en aquel supremo trance. Y cuando entran los soldados de Versalles en la casa buscando al fugitivo, la mujer dice al jefe:—«Señor oficial, estoy aquí sola—señalando al comunista—con... mi hermano.»—Y el oficial saluda con respeto y se retira.

¿Puede imaginarse nada más bello, más profundamente cristiano y conmovedor?...

Este es el ilustre autor de *Enriqueta*;

un maestro de hacer libros, un poderoso ingenio, un pensador profundo y un hombre de bien, á quien todos los escritores, sus compatriotas, respetan y quieren. Coppée, todos sus biógrafos y sus críticos lo dicen, no tiene enemigos, porque es él amigo de todos.

CARLOS FRONTAURA

A

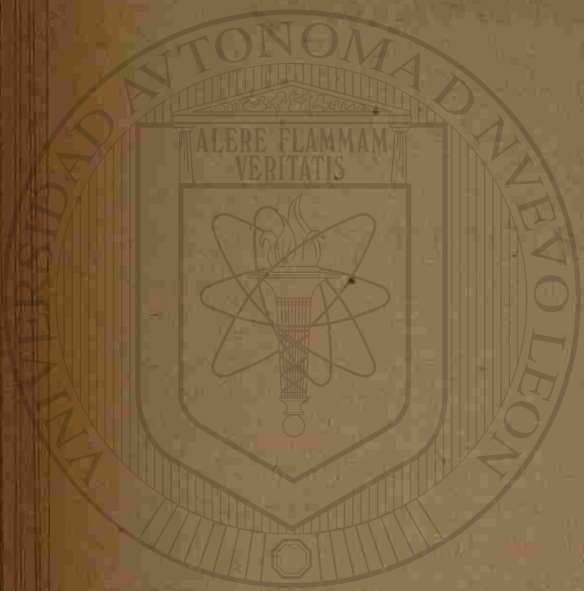
mi querido biógrafo y amigo

M. DE LESCURE,

dedica muy afectuosamente

esta sencilla historia

F. C.



ENRIQUETA

I

CUANDO el cura hubo dado la bendición, los amigos y conocidos del difunto salieron de la iglesia, después de tomar el agua bendita, y se reunieron en la plaza de Santo Tomás de Aquino; y aquellos hombres de buena sociedad entablaron diversas conversaciones, satisfechos de respirar el aire libre y disfrutar el sol de marzo después del aburrimiento de una misa interminable y de las molestias

de una atmósfera sofocante producida por el incienso y los caloríferos.

—¡Pobre Bernard! Es duro irse al otro barrio á los cuarenta y dos años.

—Sin duda, pero convengamos en que él se tuvo la culpa... Eso es lo que tiene darse buena vida...

—El no se ha privado de nada...

—No... El juego...

—Y el amor... el amor sobre todo.

—Y los licores... Porque también trincaba de lo lindo...

—¡Se ha precipitado!... El juego, las mujeres y la buena mesa...

—Dicen que empezaba á arruinarse.

—No es cierto. Acababa de realizar á una anciana tía de quinientos á seiscientos mil francos. Así es que debe dejar á su viuda y á su hijo una bonita fortuna.

—Entonces la bella señora de Bernard volverá á casarse.

—¿Quién sabe? Puede que no lo haga por el niño. Dicen que le adora.

En suma, se lamentaba poco la muerte de aquel hombre conducido á la tumba con todo el lujo de que es capaz la empresa de pompas fúnebres: misa cantada, flores de Niza, antorchas de llama verde alrededor del catafalco. Y el más gallardo maestro de ceremonias. ¡Oh! Un moctón soberbio que tenía el aspecto lúgubre y las patillas blancas de un antiguo par de Inglaterra; un hombre admirable que la administración no presentaba más que en las grandes ocasiones y que había desempeñado los papeles de padre noble en los teatros de provincia. Pero, á pesar de todo este aparato, el difunto, señor Bernard des Vignes, diputado, individuo del consejo general de Mayenne, antiguo oficial de caballería, caballero de la Legión de Honor, era tratado con arreglo á sus

méritos en las conversaciones que entablaban á media voz todos aquellos señores enlutados.

Y la verdad es que no había sido sino un calavera vulgar, sin gracia, sin elegancia, y que seguía siendo provinciano á pesar de sus quince años de París. Nada más banal que su historia. Rico, se casó á los veintiocho con la hija de un senador corso, amigo personal de Napoleón III, la admirable señorita de Antonini, cuya belleza de transteverina producía por entonces sensación en las Tullerías y en Compiègne. Durante algún tiempo la amó á su manera. De pronto, injusta y neciamente celoso de su mujer, renunció su empleo de teniente de dragones de la Emperatriz, se retiró á sus propiedades, y adquirió costumbres chavacanas, no quitándose nunca las botas de caza, fumando de sobremesa en pipa, mientras bebía no pocas

copas de licor. Tuvo un hijo, único consuelo de la señora de Bernard, pronto abandonada por el antiguo libertino de guarnición que después de dos años de vida casera, iba con frecuencia á París á echar una cana al aire, y en sus escursiones de caza, mientras almorzaba una rústica tortilla en el borde de una mesa, abrazaba á las mozas que le servían.

El primer cañonazo de la guerra de 1870 despertó, sin embargo, un eco en el alma de aquel grosero vividor y le recordó que había sido soldado Comandante de móviles se batió con bizarría, ganó una herida y la cruz, y en las primeras elecciones fué enviado á la Cámara por su departamento. Como era un grandísimo bestia siguió á las mayorías. De reaccionario pasó sucesivamente al centro derecho, después al izquierdo, luego al oportunismo. No abrió jamás la boca más que para pedir la clau-

sura y fué siempre reelegido. Pero obligado por sus funciones á vivir en París dió rienda suelta á su temperamento y se lanzó á los placeres.

La señora de Bernard fué entonces completamente abandonada y no vió sino rara vez y apenas á las horas de comer á aquel marido á quien nunca había amado y que entonces despreciaba. Demasiado honrada para vengarse y demasiado altiva para quejarse huyó del mundo, y casi siempre sola en su estancia del muelle Malaquais se consagró enteramente á su hijo, que cursaba como externo en el Liceo de Luis el Grande y daba ya muestras de una inteligencia singularmente precoz. Era de esas madres que aprenden el griego y el latín para corregir los cuadernos y repasar las lecciones á sus hijos. Se hablaba de ella con admiración porque las pocas mujeres admitidas á su intimidad

no tenían motivo de envidia contra aquella belleza que se ocultaba, aunque seguía siendo admirable, y en la que los treinta años habían impreso los tonos calientes y pálidos de un hermoso mármol, que ni el tiempo ni los pesares habían marchitado. Aquella desgracia, soportada con tanto valor y tanta dignidad, era citada en todas partes como un ejemplo y la maledicencia parisiense ni siquiera subrayaba con una sonrisa el nombre del coronel Voris, un compañero de promoción de su marido, cuyo sentimiento respetuoso por la señora de Bernard des Vignes osaba apenas manifestarse por medio de tímidas visitas.

Por fin había terminado el largo suplicio de la pobre mujer. Bernard, el gran Bernard, como le llamaban sus amigos de casino, no había podido resistir á su última indigestión de trufas; y en el atrio

de la iglesia alrededor del abultado féretro que esperaba el furgón de las pompas fúnebres, se formaba corro para escuchar los discursos de rúbrica.

Pero mientras desfilaban las mentiras oratorias «buen francés, intrépido soldado, patriota ilustrado», todos aquellos señores importunados por el difunto que daba demasiado que hablar, todo lo más que pensaban—si pensaban algo—era en la hermosa y opulenta viuda, que por fin quedaba libre; y cuando terminó la ceremonia y se dispersó la concurrencia, repitióse muchas veces en los diálogos de despedida, esta frase:

—La bella señora de Bernard volverá á casarse antes de un año. ¿Apuesta usted algo?

II

Algunas semanas después del entierro, la señora de Bernard estaba sentada delante del bastidor junto á la ventana de su gabinete. Sus ojos absortos, sin mirada, vagaban por el paisaje del muelle tan agradable en el buen tiempo. Pero no veía ni el cielo primaveral de un tinte azul tan suave, ni la corriente del río surcado por los alegres botes y reflejando los rayos del sol, ni la noble fachada del Louvre, ni el esbelto ramillete de árboles del lado del Puente Real entre cuyas ramas negras circulaba ya como un principio de verdura. Sentada en su sillón, con los codos apoyados en el bastidor y la cabeza incli-

nada sobre las manos, la hermosa viuda cuyo busto de diosa se modelaba bajo su ceñido traje de luto, evocaba todos los recuerdos de su vida pasada.

Se veía en las Tullerías, atravesando por primera vez del brazo de su padre los magníficos salones. Oía detras de sí un murmullo de admiración que semejava la estela de su traje de baile. Veía en el rostro de los que la miraban pasar una leve sonrisa, como un homenaje de admiración á su hermosura. Encontraba esta misma impresión en los ojos del Emperador y de la Emperatriz en el momento de la presentación; y como en aquel momento la orquesta atacaba el brillante preludio de un vals, le parecia que aquella música triunfal era en honor suyo.

Luego pasaban muchos meses de fiesta, de aturdimiento. Era la rosa triunfante entre la juventud florida de la corte. Reina

de las amazonas seguía al galope las carcerías de Compiégne, á través de los tallos dorados del bosque de otoño. Era la célebre señorita Blanca Antonini y la soberana sugestionada por ese efluvio de simpatía que emana de los seres perfectamente bellos, no pasaba nunca por delante de ella sin dirigirla algunas palabras dulces y lisonjeras que escuchaba con los ojos bajos haciendo una reverencia.

Pero no tenía fortuna. Su belleza era su único dote. El Emperador había recompensado con un asiento en el Senado los servicios del viejo Antonini que hacía alarde de una de esas fidelidades en que se combinan el instinto del perro y el fanatismo del mameluco, una de esas abnegaciones siempre prontas á interponerse entre el pecho del amo y el puñal del asesino. Pero aparte de su sueldo de senador el buen corso no poseía más que una casa

nada sobre las manos, la hermosa viuda cuyo busto de diosa se modelaba bajo su ceñido traje de luto, evocaba todos los recuerdos de su vida pasada.

Se veía en las Tullerías, atravesando por primera vez del brazo de su padre los magníficos salones. Oía detras de sí un murmullo de admiración que semejava la estela de su traje de baile. Veía en el rostro de los que la miraban pasar una leve sonrisa, como un homenaje de admiración á su hermosura. Encontraba esta misma impresión en los ojos del Emperador y de la Emperatriz en el momento de la presentación; y como en aquel momento la orquesta atacaba el brillante preludio de un vals, le parecia que aquella música triunfal era en honor suyo.

Luego pasaban muchos meses de fiesta, de aturdimiento. Era la rosa triunfante entre la juventud florida de la corte. Reina

de las amazonas seguía al galope las carreras de Compiègne, á través de los tallos dorados del bosque de otoño. Era la célebre señorita Blanca Antonini y la soberana sugestionada por ese efluvio de simpatía que emana de los seres perfectamente bellos, no pasaba nunca por delante de ella sin dirigirla algunas palabras dulces y lisonjeras que escuchaba con los ojos bajos haciendo una reverencia.

Pero no tenía fortuna. Su belleza era su único dote. El Emperador había recompensado con un asiento en el Senado los servicios del viejo Antonini que hacía alarde de una de esas fidelidades en que se combinan el instinto del perro y el fanatismo del mameluco, una de esas abnegaciones siempre prontas á interponerse entre el pecho del amo y el puñal del asesino. Pero aparte de su sueldo de senador el buen corso no poseía más que una casa

medio destruída y algunas hectáreas de tierra en el salvaje país de Sarténe.

Hombre de una probidad robusta, aquel conspirador cuyos ojos de perro leal y cuya sonrisa afectuosa, debajo de su bigote gris de gendarme, agradaban á Napoleón III recordándole su juventud y los malos tiempos, aquel antiguo sub-oficial que en el lance de Strasburgo había arrostrado el consejo de guerra y las balas del pelotón de ejecución, podía mostrar, en medio de los agiotages de la época, sus manos enteramente limpias. Se sabía que la señorita de Antonini era pobre y por eso cuando Bernard des Vignes, el arrogante teniente de dragones, la invitó á valsar tres veces seguidas en el baile de las Tullerías, todo el mundo la creyó dichosa por encontrar un partido de cien mil francos de renta.

Se casó sin amor, por conveniencia,

por tranquilizar á su padre á quien inquietaba el porvenir; y súbitamente desapareció toda su dicha, como una decoración que se cambia, al experimentar los absurdos celos de su marido, su destierro en provincia y el amargo disgusto de descubrir en el hombre á quien había unido su suerte un vividor grosero, libertino de bajo vuelo y casi borracho. A no ser por su hijo, á quien crió ella misma y cuyo nacimiento había llenado con los goces de la maternidad su corazón y sus entrañas, aquella corsa, que era digna de su patria, orgullosa, casta, vengativa, se hubiera separado ciertamente de su indigno esposo. Pero se resignó por amor al niño, á pesar de sentirse herida por nuevas desgracias. El imperio se hundía; el senador murió repentinamente de una apoplejía al saber la capitulación de Sedán. Por fin después de la guerra, Bernard, electo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1925 MONTERREY, MEXICO

diputado, la llevó á París... Y entonces recordaba los largos años de aburrimiento, de soledad, pasados en aquel gabinete junto á la misma ventana, mirando aquel río que corría siempre tan lento y tan monótono como su vida!

Es verdad que tenía su hijo á quien amaba apasionadamente y que ya á los trece años era un hombrecito que la servía de compañía. ¿No había vivido hasta entonces para él? Pues seguiría lo mismo y asunto concluído. Envejecería á su lado, le casaría, sería abuela. ¡Su querido Armando! Ya le esperaba. Iba á volver del colegio. Y se enternecía pensando que pronto entraría en el gabinete, vestido de luto y se arrojaría á su cuello y ella besaría con transporte su frente pálida de estudiante aplicado y le retendría en sus brazos, mirándose con amor en el fondo de sus ojos negros, tan expresivos, tan

puros, iluminados por la llama del pensamiento.

Sin embargo, otro recuerdo ocupó el pensamiento de la señora de Bernard.

Pensó en el único amigo de su marido que lo era también suyo, en el único hombre que despertaba en su alma una dulce simpatía.

Hacía muchos años que todos los jueves —este era *su día*— de seis á siete, cuando nunca estaba sola, se presentaba en su casa el coronel Voris, frío, correcto, hasta un poco estirado en su levita abotonada militarmente, se sentaba en el círculo de las damas, se esforzaba por tomar parte en las frivolidades de la conversación, rehusaba una taza de té y se retiraba después de una visita de un cuarto de hora. La amaba, estaba segura, y tanto respeto, tanta timidez, la conmovía en el héroe de Saint-Privat que al ver muerto el caba-

llo que montaba había cogido un fusil, como Ney en Rusia, y había vuelto al combate á sus soldados desmoralizados. ¡La amaba! En el *shake-hand* de la despedida, sentía siempre temblar la mano derecha del coronel, aquella mano atravesada por una lanza alemana que no desenguantaba nunca por pudor de su cicatriz. ¡Si ella quisiera volver á casarse!... Aquel hombre de honor y de bravura, aquel paladín de corazón joven y de sienes grises, sería para Armando un protector, un guía, un nuevo padre, mejor que el otro.

Mientras la imaginación de la viuda seguía este orden de ideas, una dulzura infinita iluminaba su bello rostro. ¿Qué tenía? ¿Por qué su corazón latía con más fuerza y más viveza?

De repente un criado anunció al coronel Voris.

Seguramente debía á la señora de Ber-

nard una visita de simpatía y su calidad de antiguo amigo le autorizaba á presentarse en cualquier día y á cualquiera hora. Pero ¿por qué precisamente hoy y por qué en el momento en que pensaba en él? ¿No es extraña esta complicidad del azar?

Y al ver entrar al coronel—el aspecto siempre joven, el talle delgado, el bigote más negro por el contraste de algunos pelos blancos—la señora de Bernard se siente turbada. El se acerca, le tiende la mano—su mano mutilada bajo el guante—se sienta á su lado y le habla de su duelo.

—No dudará usted que tomo gran parte en su dolor, la dice.

Nada más sobre este penoso asunto.

Tiene la delicadeza de comprender que sería chocante un alarde de sentimiento hipócrita. Pregunta después por Armando y su voz se hace amistosa al pronunciar el nombre del niño.

Pero la conversación languidece cortada por largas pausas.

—Venía también, señora—dijo el coronel después de vacilar un momento—á pedir á usted un consejo.

—¿Un consejo?... ¿A mí?... ¿Cuál?

—Antes de su luto de usted yo pensaba volver á Argelia... Tenía una pena íntima.. Ahora el nuevo ministro de la Guerra me ofrece un puesto en su estado mayor, permaneciendo en París... El pesar que me hacía huir ya no existe ó por lo menos, ya no es un pesar sin esperanza... y vacilo. ¿Qué debo hacer? ¿Marchar ó quedarme? Lo pregunto sencilla y francamente á la amistad de usted.

La señora de Bernard ha comprendido. Bajo aquella forma, apenas velada, el coronel le pregunta si puede esperar recompensa á su silenciosa fidelidad. No tiene más que decir una palabra «quédese us-

ted», y dentro de un año será la esposa de un hombre á quien estima y que la consolará de todas las miserias del pasado, siendo un padre para su querido Armando. Podrá conocer la felicidad, amar, vivir...

Pero la puerta se abre de pronto, una fresca voz infantil grita: «Buenos días mamá», y la señora de Bernard se estremece. Es su hijo que vuelve del colegio y que tirando los libros encima de la mesa la abraza alegremente.

—Buenos días, caballerito—dice el coronel—¿quiére usted darme la mano?

Armando apenas conoce á aquel señor grave. Además es un poco uraño. Sin embargo, toca la mano que se le ofrece, pero sólo por obediencia cortés, y por sus grandes ojos negros cruza un relámpago de inquietud, casi de sospecha. La señora de Bernard ha observado á su hijo. Vé

hasta qué punto son extraños uno á otro aquel hombre y aquel niño, y profundamente conmovida por el admirable y omnipotente instinto maternal, se ruboriza, siente en las orejas un ardor de vergüenza... Dios mío ¿en qué pensaba antes?

Entonces levantándose atrae á Armando á su lado, pone con gesto acariciador una de las manos sobre la cabeza de su hijo y con voz tranquila y los ojos bajos dice al coronel en pie delante de ella:

—Debo á usted una respuesta, mi querido señor de Voris y será tan leal como su pregunta. Creo... sí, creo que debe usted volver á Argelia.

Y habiendo saludado respetuosamente, el coronel se aleja con paso firme como un soldado á quien su jefe manda ir á hacerse matar y va.

Decididamente la hermosa señora de Bernard no se volverá á casar.

III

A partir de aquella hora decisiva el amor de la viuda á su hijo aumentó en razón directa del sacrificio que había hecho por él y se hizo aun más apasionado, casi celoso. No podía pasar sin la presencia de Armando. Necesitaba, sino tenerlo siempre á la vista, por lo menos saber que estaba en la casa, cerca de ella. Sufría con sus ausencias que, sin embargo, eran muy cortas, porque no iba al colegio más que á las horas de clase y muchas veces presa del deseo de verle media hora antes, pedía su carruaje y se hacía llevar á la puerta de Luis el Grande. Llegaba allí con mucha anticipación, se impacientaba

hasta qué punto son extraños uno á otro aquel hombre y aquel niño, y profundamente conmovida por el admirable y omnipotente instinto maternal, se ruboriza, siente en las orejas un ardor de vergüenza... Dios mío ¿en qué pensaba antes?

Entonces levantándose atrae á Armando á su lado, pone con gesto acariciador una de las manos sobre la cabeza de su hijo y con voz tranquila y los ojos bajos dice al coronel en pie delante de ella:

—Debo á usted una respuesta, mi querido señor de Voris y será tan leal como su pregunta. Creo... sí, creo que debe usted volver á Argelia.

Y habiendo saludado respetuosamente, el coronel se aleja con paso firme como un soldado á quien su jefe manda ir á hacerse matar y va.

Decididamente la hermosa señora de Bernard no se volverá á casar.

III

A partir de aquella hora decisiva el amor de la viuda á su hijo aumentó en razón directa del sacrificio que había hecho por él y se hizo aun más apasionado, casi celoso. No podía pasar sin la presencia de Armando. Necesitaba, sino tenerlo siempre á la vista, por lo menos saber que estaba en la casa, cerca de ella. Sufría con sus ausencias que, sin embargo, eran muy cortas, porque no iba al colegio más que á las horas de clase y muchas veces presa del deseo de verle media hora antes, pedía su carruaje y se hacía llevar á la puerta de Luis el Grande. Llegaba allí con mucha anticipación, se impacientaba

y dirigía á la puerta miradas propias de una enamorada que llega la primera á la cita. Por fin oía el redoble del tambor que anunciaba la terminación de las clases y si el adolescente salía de los últimos padecía realmente, pensando casi en reprenderle por no haber presentido que ella estaba allí. Le hacía subir en la berlina, le abrazaba para besarle en la frente como si volviera de un largo viaje y durante todo el trayecto hasta su casa, le retenía en sus brazos como un avaro en posesión de un tesoro.

Algunas veces Armando salía del colegio riendo y hablando con un compañero, y la señora de Bernard, súbitamente inquieta, le dirigía mil preguntas apremiantes: «¿Cómo se llama? ¿Quién es? ¿Qué hacen sus padres? ¿Le quieres verdaderamente por amigo?» Y si Armando, con el entusiasmo fácil de su edad, hablaba calu-

rosamente de su joven condiscípulo, elogiaba su talento ó su bondad, la viuda experimentaba una sensación penosa y desconfiaba ya del desconocido que la usurpaba un poco de su hijo. Esto era injusto, lo sabía y se lo reprochaba. ¿No debía por el contrario regocijarse de que Armando fuese afectuoso y expansivo con sus amigos.

—Invita á ese joven á venir á casa—decía haciendo un esfuerzo;—yo tendré mucho gusto en recibirle.

Y cuando volvía á ver al camarada trataba de parecer muy amable, como para castigarse por su mal sentimiento. Pero no lo conseguía completamente. Aquello era superior á sus fuerzas y no volvía á entrar en posesión de sí misma hasta que el otro se había marchado y tenía otra vez á su hijo en cuerpo y alma para sí sola.

Armando se daba cuenta perfectamente

de lo que tenía de exclusivo y receloso la ternura de su madre, porque todo en él se había desarrollado prematuramente, lo mismo la inteligencia que la sensibilidad, tal vez á causa de la educación especial de su infancia, muy solitaria, y muy mimada entre las faldas maternas.

No quedaba ya en aquella naturaleza privilegiada ninguno de los instintos egoístas, brutales é ingratos que son naturales en todos los niños. Aquel chico extraordinario que hacía estudios brillantes y recogía jugando todos los laureles universitarios, comprendió, excusó y admiró el corazón maternal que lo amaba con un amor tan agudo, hasta el sufrimiento, y no le tocó sino con una mano compasiva y ligera y con todas las delicadezas de un hombre hecho.

La señora de Bernard experimentó una alegría inmensa cuando comprendió que

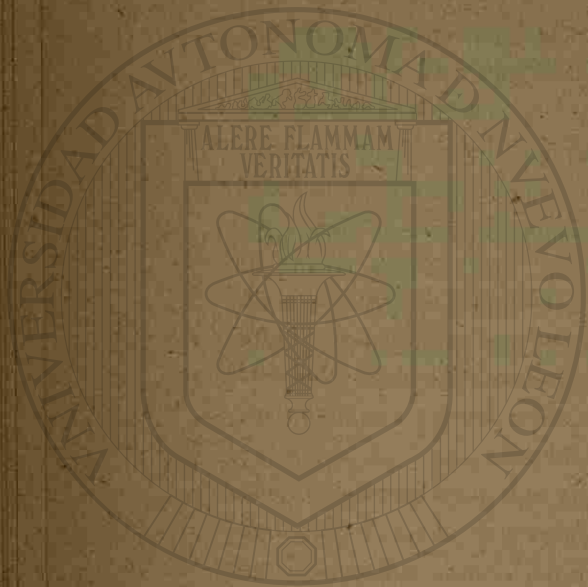
era tanto y tan bien amada. Entonces se acusó de absorber á su hijo y quererlo con demasiado exclusivismo. Atrajo á su casa y recibió con bondad á los compañeros de su Armando y quiso darle más libertad. Pero lejos de abusar de ella, como hubiera hecho otro adolescente, él redobló su asiduidad y sus tiernas atenciones de buen hijo.

Uno de sus mayores placeres era salir por las calles á pie del brazo de su hijo. Éste acababa su último año de colegio y era ya un joven esbelto y agradable que vestía con natural elegancia. En cuanto á la señora de Bernard, había franqueado victoriosamente los treinta y seis años. Muchas cabezas se volvían á su paso, pero la hermosa viuda no reparaba que los hombres la miraban con encanto, ocupada en buscar en el rostro de las mujeres que se fijaban en su hijo esa leve sonrisa que

decía claramente: «¡Guapo muchacho!» Él parecía que no reparaba en ello, y era una satisfacción más para la madre pensar que su querido hijo, tan inteligente, tan precoz, era al mismo tiempo tan puro y desconocía sus propios atractivos.

Muchas veces pensaba en esa crisis solemne de la pubertad, en esa temible metamorfosis que hace un hombre del adolescente. Sí, llegaría un día—día maldito—en que su Armando amaría á otra mujer más que á ella y de distinto modo. Este pensamiento la hacía padecer tan dolorosamente que, llena de cobardía, no quería detenerse en él y procuraba desecharlo. Seguramente más tarde,—¡oh! pero mucho más tarde,—cuando Armando tuviese una carrera, se casaría. Esto era natural. Y entonces ella sería razonable y le ayudaría á escoger una compañera que pudiera hacerle feliz. Pero la

querida, la ladrona de corazones jóvenes, la que roba un hijo á su madre y se lo devuelve con los sentidos perturbados y los ojos marchitos, esa era para la rencorosa hija de Córcega, para la casta viuda del brutal calaverón, para la madre exigente y celosa, una enemiga odiada de antemano en la cual no podía pensar sin rechinar los dientes y temblar de cólera.



IV

La misma señora de Bernard había introducido en su casa aquella rival futura en el momento en que su hijo acababa de cumplir los veinte años y empezaba sus estudios de derecho.

Se llamaba Enriqueta Perrin y era una simple costurera á domicilio. Una amiga de la señora de Bernard, persona sumamente caritativa, había recomendado eficazmente á la joven. Apenas contaba diecinueve años, era huérfana de padre y madre y no tenía para vivir más que lo que ganaba—tres francos diarios y la comida,—y aun encontraba medio, con tan po-

bres recursos, de ayudar á una tía muy anciana con quien vivía. La señora de Bernard quedó seducida desde luego por aquella linda muchacha, tan decente y vestida con el gusto instintivo de las jóvenes de París, que parecen damas con un traje de setenta y cinco céntimos el metro, confeccionado por sus manos industriosas. La obrera conquistó también la amistad de Leontina, la antigua criada de confianza, que dió acerca de ella á su señora los informes más favorables.

—¡Pobre chica! —decía á la señora de Bernard.—Viene á pie desde lo último de Vaugirard á las ocho de la mañana y en ayunas. Yo le doy su café con leche y en seguida se instala en la salita al lado de la ventana, tranquila y calladita, y sin hacer más ruido que un ratoncillo. Es la señorita Silenciosa. Todo el día tirando de la aguja, cose que te cose. ¡Y bonital...

¿Ha reparado la señora sus cabellos rubios? Y un talle que se puede coger con las dos manos... Como la señora lo ha permitido, le llevo su comida al velador... Porque la señora tiene razon: para una muchacha no es conveniente la cocina ni la sociedad de los criados. Come con mucho aseo, sin dejar caer ni una miga de pan. Entonces charlamos un rato. La pobre pasa bastante. Figúrese la señora que á no ser por ella su tía estaría á estas horas con las viejas tabacosas que van á tomar el sol delante de la Salpêtrière. Tan joven, tan animosa y ya con obligaciones. ¡Da lástima!

La señora de Bernard tuvo ocasión de conocer por sí misma que la joven merecía estos elogios, encontrando siempre en ella una muchachita dulce, tímida, laboriosa é interesante, y para demostrarla su aprecio le aseguró tres días de trabajo á

la semana. Tomó la costumbre cuando atravesaba el saloncito de ver cerca de la ventana aquella linda cabecita rubia, inclinada sobre la costura, y se detenía para dirigir á Enriqueta algunas palabras benévolas. Cuando no la veía en su sitio la echaba de menos y pensaba con disgusto:

—Hoy no le toca venir.

Así pasaron algunos meses, hasta que la señora de Bernard recibió una carta mal escrita y sin ortografía en que Enriqueta se despedía de ella, dándole gracias por sus bondades y anunciando que había encontrado ocupación constante en casa de una modista de mucha fama.

—Hubiera podido venir á decirlo ella misma—pensó la señora de Bernard con alguna extrañeza.—Creo que he sido demasiado buena con ella... Después de todo, el tiempo es precioso para esas gentes, puesto que con él ganan su vida.

Tanto mejor si ha encontrado una buena colocación.

Y no se acordó más de ella.

Pero algunos días después, habiendo entrado en el cuarto de su hijo para renovar las flores de las jardineras, vió una carta tirada en la alfombra, la recogió para dejarla sobre la mesa, miró distraídamente el sobre, leyó el nombre de Armando Bernard y reconoció con asombro la caligrafía infantil de la obrera. Una sospecha súbita heló su corazón. ¿Tenía ó no el derecho de leer aquella carta? No se detuvo más de tres segundos ante este escrúpulo. Se trataba de su hijo, por quien ella hubiera cometido un perjurio, una muerte, un crimen cualquiera. Sacó vivamente el papel del sobre, lo desdobló y leyó estas palabras, que la quemaron los ojos como un chorro de vitriolo:

«Armando mío: ven á esperarme esta

noche á la salida del almacén. Pasaremos la *velada* juntos.

»Te adora

»ENRIQUETA.»

Congestionada, como herida de un rayo, con una sensación de fuego en la cabeza, las rodillas tronzadas por el choque de la emoción, la señora de Bernard cayó en el sillón de estudio de su hijo.

¿Con que lo que ella temía, lo que osaba apenas prevér—y solamente en un porvenir lejano—era un hecho consumado? ¿Su hijo tenía una querida? ¿Y quién? ¡La costurera de la casa! A poco más la doncella ó la fregona! Sí; su Armando, á quien la víspera creía puro como una primavera, su delicado y aristocrático hijo, pálido y endeble, que tenía el aire de un príncipe de sangre real, pertenecía á una mozuela de los barrios bajos, á una chi-

cuela del arroyo de París. Sin duda la amaba y quizás había llenado de besos aquella horrible carta, que estaba escrita como una cuenta de lavandera. Y ¡ella no había visto, ni sospechado nada! ¡Ciega! ¡Estúpida!

¡Cómo! ¿Ella misma con su imbécil bondad había dejado penetrar bajo su techo y protegido á aquella bríbona? Y aun había más que eso. Entonces recordaba que ella misma había llamado la atención de Armando sobre la obrera, hablando de Enriqueta delante de él con simpatía. Y para esto había consagrado á Armando todos los minutos de su existencia, para esto había sufrido sin quejarse los largos años de ultraje y de abandono de su matrimonio, para esto había renunciado á la esperanza, á la seguridad de la dicha alejando al coronel Voris! Para que aquel hijo, vigilado como el tesoro de un avaro, cuida-

do como una flor de estufa, salido de sus entrañas, de su abnegación, de su amor, fuese en un instante, al primer llamamiento del sexo, al primer despertar de los sentidos, el regalo de una griseta, el capricho y el entretenimiento de una perdida. ¡Y había tenido la candidez, la bestialidad de creerle mejor que los demás hombres! ¡Bah! Bien se veía que tenía en las venas la sangre de su padre, la sangre del vicio y del desorden que daba á Bernard apoplejías de deseo delante de la más zafia maritornes.

Anonadada, afligida, con un mundo de amargura y de disgusto en el corazón, la señora de Bernard des Vignes permaneció sentada, con los ojos fijos en la carta fatal, en aquel gabinete, donde todo—los muebles elegantes, la luz discreta, los libros bien encuadernados, hasta el delicado perfume de pequeños objetos de cuero

de Viena, puestos en orden sobre el escritorio—todo recordaba las costumbres refinadas, la infancia pura y estudiosa de su hijo. Y aquella carta que tenía en la mano, carta parecida á un lagarto que se encuentra en la arena fina y limpia de un parque inglés, aquella carta que apestaba á pueblo, garrapateada en un papel comprado en la tienda de comestibles, con sus groseras faltas de ortografía y su letra vulgar de chico de escuela, producía algo así como náuseas á la honrada y pulcra dama.

De repente entró Armando con su cartera de estudiante debajo del brazo, aturdido, ligero, con un relámpago de juventud en los ojos y sorprendido al encontrar á su madre en su cuarto.

—¡Calle! ¿Estás aquí?—exclamó alegremente.—Buenos días, mamá.

Pero la señora de Bernard se había le-

vantado rígida y pálida. Tiró la carta de Enriqueta en el escritorio, y la mostró á su hijo con el dedo tembloroso, y con una voz para él desconocida, con una voz de timbre metálico, voz de indignación y de cólera, le dijo:

—La he leído. Otra vez cuida de no tirar las cartas de tu querida.

Y añadió sofocada de ira:

—¡Semejante perdida!

Y dejando al joven estupefacto y rojo de vergüenza, la madre irritada, salió dando un portazo.

V

Sin embargo, aquellos pobres chicos eran muy dignos de indulgencia.

Lo mismo que su madre, Armando, cuando atravesaba el salón, se había interesado por aquel lindo rostro que se inclinaba para saludarle. Mas era tan inocente que no había reparado en la mirada rápida, pero muy tierna, que le dirigía al paso, ni en el rubor que subía á las mejillas de la obrera. En cuanto á ella, la primera vez que vió á Armando—súbitamente, sin defenderse—quedó enamorada de él y aquel joven guapo y delicado, de gestos armoniosos, de ojos ardientes y dul-

vantado rígida y pálida. Tiró la carta de Enriqueta en el escritorio, y la mostró á su hijo con el dedo tembloroso, y con una voz para él desconocida, con una voz de timbre metálico, voz de indignación y de cólera, le dijo:

—La he leído. Otra vez cuida de no tirar las cartas de tu querida.

Y añadió sofocada de ira:

—¡Semejante perdida!

Y dejando al joven estupefacto y rojo de vergüenza, la madre irritada, salió dando un portazo.

V

Sin embargo, aquellos pobres chicos eran muy dignos de indulgencia.

Lo mismo que su madre, Armando, cuando atravesaba el salón, se había interesado por aquel lindo rostro que se inclinaba para saludarle. Mas era tan inocente que no había reparado en la mirada rápida, pero muy tierna, que le dirigía al paso, ni en el rubor que subía á las mejillas de la obrera. En cuanto á ella, la primera vez que vió á Armando—súbitamente, sin defenderse—quedó enamorada de él y aquel joven guapo y delicado, de gestos armoniosos, de ojos ardientes y dul-

ces, le parecía un sér de esencia superior. Enriqueta era honrada, no ignorante. Desde el aprendizaje las conversaciones de sus compañeras la habían instruido, pero nunca su deseo hubiera sido bastante audaz para elevarse hasta el objeto de su naciente amor.

A sus ojos Armando era un «rico», uno de esos á quienes las pobres no pueden conocer ni ven más que de lejos. Estaba segura de que tenía una *buená amiga*—porque en sus barrios no se puede suponer que un hombre llegue puro hasta los veinte años—pero la que él amaba debía ser una mujer de su clase, una «hermosa dama», y sin conocerla, pero no dudando de su existencia, Enriqueta creía que era muy feliz y le envidiaba la dicha de pasar sus dedos llenos de sortijas entre la negra y rebelde cabellera, siempre un poco en desorden, del joven patricio. Ella, la

pobre, tenía que contentarse con admirarle á distancia, respetuosamente. Cuando él la decía al pasar: «Buenos días, señorita,» Enriqueta sentía una impresión deliciosa. Pero imaginar que pudiera fijar la atención de Armando, parecerle bonita!... No, no era tan loca.

Él la encontraba de perlas. Se sentía atraído hacia ella por todas sus curiosidades, todos sus ardores de mancebo en quien acababa de brotar con violencia la flor intacta del deseo. Hasta entonces había sido casto, no habiendo conocido ni las torpezas de los dormitorios del colegio, ni las brutales iniciaciones de la Cite-rea venal. Pero la hora de la crisis había sonado. Sólo al pensar que aquella linda joven estaba allí, bajo el mismo techo que él, Armando sucumbía bajo el peso de una languidez repentina y era incapaz de todo trabajo. Dejando de repente sus libros

15852
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
"ALFONSO RIVERA"
Edo. 1625 MONTERREY, N. L.

abiertos, encontraba hipócritamente un pretexto para consigo mismo, á fin de circular por la casa y atravesar el saloncito donde estaba Enriqueta sentada y cosiendo, envolverla en una rápida mirada y recibir el rayo fugitivo de sus ojos. Luego volvía á su cuarto de estudiante, dejándose caer fatigado en el sofá, y permanecía allí rendido, con la frente ardorosa, las manos inquietas, bostezando y con deseos de llorar.

Mejor enterada de la vida, Enriqueta acabó por apercibirse de la turbación del joven en su presencia. ¿Era posible? ¿Le gustaba? Aquel señorito tan delicado, tan *mono*, como ella le llamaba con el pensamiento en su lenguaje popular; aquel Armando que le parecía de otra raza distinta, que le hacía el efecto de una especie de semidios, se dignaba fijarse en ella. En su humildad sincera se sintió al pronto con-

fusa. Luego inundó su corazón una ternura infinita.

¡Ah! Armando no necesitaba más que hacer una seña, decir una palabra. Todo lo que quisiera, en seguida.

Muy sencilla, puramente instintiva, ignoraba la coquetería, los manejos del amor. ¡Oh! Si la guiñaba un ojo, estaba pronta á ofrecerse ella y su florida juventud, pronta, sobre todo, á dar su corazón, en cuyo fondo sentía una fuerza misteriosa, irresistible, que la levantaba y la empujaba á los brazos de Armando. Ya se reprochaba por no dar los primeros avances. Le veía tan tímido, que hubiera querido animarle. Pero no podía vencer un resto obstinado de pudor. ¡Hubiera sido tan fácil responder á la mirada de Armando con una mirada, á su sonrisa con otra sonrisa! ¡Tonta! Cuando él pasaba no tenía valor ni para levantar la cabeza. De suerte

que corrían días y días sin que el joven adorado sospechase que lo era, y sin que aquel torpe comprendiera que era esperado como Júpiter.

VI

Pero la catástrofe era inevitable.

Un hermoso domingo—era á fin de mayo— un domingo de cielo despejado, de sol brillante y vestidos claros, Armando, que debía comer en casa de uno de sus compañeros, se había despedido de su madre á eso de las cuatro y paseaba sin objeto.

Una vez en la calle, á pesar del aire tibio y de la claridad del día, se sintió triste. Envidiaba á todas las parejas que pasaban con aire de fiesta. ¿Qué parisiense en las horas agitadas de la primera juventud no ha conocido esos paseos enervan-

tes, esa sensación tan dolorosa de soledad y angustia en medio de la multitud?

Subió, arrastrando el paseo, toda la calle de los Santos Padres hasta el fin, volvió á la derecha por la de Sevres, pasó el Square poblado de plátanos, dejó atrás los escaparates cerrados del *Bon Marché* y continuó su camino por la ancha avenida que se prolonga al lado de la antigua tapia del hospital Laënnec. El domingo á esa hora aquella ancha calle del barrio clerical está poco menos que desierta. Las tiendas de objetos de piedad están cerradas. Las devotas llevan ya el traje de visperas. Se ven algunos transeúntes, obreros y gente de la clase media, con el traje de los domingos. A un lado y á otro parejas de soldados con guantes blancos, y la sotana negra de un cura que se aleja. Esto es todo. Y de diez en diez minutos pasa por el medio de la calle el ómnibus,

que rueda pesadamente como si estuviese dormido.

Alrededor de la puerta del hospital las mezquinas instalaciones de flores, bizcochos y naranjas, y la entrada y salida de los visitantes, prestan un poco de animación al cuadro.

De repente, en medio de los grupos, distinguió Armando á Enriqueta, que iba algunos pasos delante de él.

Llevaba un vestido azul con pintas blancas, sin ningún valor, pero que modelaba perfectamente su talle esbelto y flexible. Sobre su sombrero de paja ordinaria oscilaba un bonito ramo de azucenas y en la mano enguantada llevaba la sombrilla abierta. Estaba así encantadora la parisiense, y parecía la juventud misma. Al conocer á Armando se puso encarnada y su boca entreabierta, sus dientes blancos, sus ojos de miosotis bañada de

rocío, su cabellera rubia donde titilaban puntas de oro, todo en ella parecía sonreír.

Armando se había quitado el sombrero, y aunque su corazón latía con violencia, el majadero iba á pasar de largo. Pero ella le dirigió un «Buenos días, caballero» tan gracioso, que se detuvo, y queriendo entablar conversación, sin saber qué decir, la preguntó con voz un poco temblorosa de dónde venía.

Ella le contestó con igual embarazo, hablando por hablar, muy deprisa.

Salía del hospital, donde había ido á llevar algunos consuelos á su tía, enferma desde hacía quince días. Pero aquello no sería nada. La buena mujer estaba ya mejor y sería enviada muy pronto al asilo de convalecientes. Enriqueta se alegraba mucho, porque, según decía, era muy triste para ella encontrar todas las noches la «casa sola».

Ni uno ni otro pensaban en sus palabras. Se miraban de hito en hito, conmovidos hasta temblar. Aquel encuentro, aquel diálogo, les parecía á los dos un acontecimiento extraordinario. Hablar así, en medio de la calle, con aquella joven á quien después de todo apenas conocía, era para Armando la acción más temeraria de su vida, y en cuanto á la griseta enamorada sentíase trastornada como la pastora de un cuento de hadas á quien el hijo del rey llega con gran séquito á pedirle por esposa.

Sin darse cuenta de ello habían empezado á andar uno al lado del otro. Armando, con la boca seca y un golpeteo de sangre en las sienes, buscaba en vano algo que decir.

—Y entonces, señorita... es decir, ahora... ¿va usted á pasear?

—¡Oh! no, no, señor. Voy muy despa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" RIVERA
1625 MONTERREY, MEXICO

cio á casa á preparar mi comida... La cosa no será muy larga... Luego me acostaré... Ya sabe usted que tengo que levantarme á las siete de la mañana.

Armando se estremeció al pensar que iba á dejarle, á alejarse, á desaparecer de allí. Un proyecto de gran audacia por su parte acudió á su mente, y murmuró con el heroísmo de los cobardes:

—Decía usted, señorita, que se le hacía muy triste pasar la velada enteramente sola... Pues bien... usted es libre... y si quisiera darme un gran placer... ¡oh! lo aseguro... un placer grandísimo... vendría usted... á comer conmigo.

Enriqueta quedó aturdida de sorpresa y de alegría. Creía soñar. El cuento de hadas continuaba.

—¡Cómo, señorito Armando!... ¿Usted quiere?... —y al decir el nombre de Armando, que pronunciaba por la primera

vez de su vida, se establecía entre ellos una especie de intimidad.—Pero, ¿de veras me convida usted á comer?

Armando creyó que iba á rehusar, y aquel temor le animó más.

—Sí, comeremos juntos... como dos camaradas... A mí me espera un amigo. Pero, no importa. Me excusaré. Enviaré dos letras desde el restaurant... Acepte usted... Me hará usted tan feliz...

Y añadió, perdiendo la cabeza:

—Es usted encantadora... Me gustaría tanto conocerla mejor y ser su amigo...

Y se atrevió á ofrecerla el brazo.

Ella lo aceptó. Se sentía desfallecer, y murmuró encantada, entregando así su secreto:

—¡Qué dicha! ¡Yo que no hago más que pensar en usted!

¡Pobres muchachos! Apenas hacía un cuarto de hora que podían hablar libre-

mente y en su cándida sinceridad habían cambiado ya sus confesiones. Desvanecidos y mudos de felicidad, iban hacia adelante sin saber dónde. Habían llegado al boulevard de Montparnasse, por el cual circulaban muchos paseantes, y éstos volvían la cabeza para contemplar sonriendo aquella pareja tan linda, tan igual, tan graciosa y tan joven. Pero los enamorados no reparaban en ello, absortos como estaban en su alegría íntima. Rompieron el silencio y recordaron los días de timidez y de encogimiento.

—¿Con que es verdad?—preguntaba Armando.—¿Le inspiraba á usted alguna simpatía desde hace mucho tiempo?

—No vivía más que por los minutos en que usted atravesaba el saloncito... Sólo al ver moverse el pestillo de la puerta adivinaba si era usted... ¡Oh! Si usted supiera...

—¿Es posible? ¡Y yo no lo sospechaba!

—¡Oh! yo—decía entonces Enriqueta con una mirada ligeramente maliciosa—ya había advertido que usted pasaba cerca de mí con frecuencia.

—Y decir—respondía Armando exaltándose—que las cosas hubieran podido seguir así siempre, y que sin nuestro encuentro de esta tarde... Pero eso ha concluido por fortuna. Concluido del todo. ¡Qué suerte haber encontrado á usted! Y yo tan medroso que iba á pasar sin decir á usted nada... Como es la primera vez... Pero en seguida he visto en los ojos de usted que debía hablarla, que esto la agradaría... Ahora ya nos conocemos, ¿no es verdad? Y nos arreglaremos para vernos con frecuencia... todo lo que sea posible... y usted será mi amiga íntima, ¿quiere usted?

Y la muchacha, con su franqueza popular que un excéptico hubiera tomado por

cinismo, pero que á Armando le parecía adorable, contestaba con la voz ronca y los ojos bajos:

—Ya ve usted que sí.

VII

Cerca de la estación de Montparnasse entraron en el restaurant Lavenne, que Armando conocía por haber almorzado en él con sus amigos de la Escuela de Derecho, y se instalaron en el pretendido jardín, que no tiene más plantas que los candelabros de gas y las perchas para los sombreros, pero donde aquel día una acacia florida esparcía su perfume primaveral. Armando envió lo primero, por medio de un camarero, una carta de excusa á la casa donde le esperaban, y luego pidió, ó mejor dicho, aceptó el *menú* que le impuso un *maître d'hôtel* lleno de autori-

dad. ¿Qué importaba á los dos jóvenes el lenguado Joinville ó el filete Rossini? Estaban sentados uno frente al otro, devorándose con los ojos, charlando como cantan los pájaros, y en las frases más triviales que cambiaban, sirviéndose de los platos que les ponían delante, había á la vez deseo y ternura.

Armando hizo hablar á su nueva amiga, que le contó su humilde historia. Ciertamente no había sido criada con gran regalo. Sin embargo, cuando era muy pequeña, su vida no fué demasiado dura. Su padre—un viudo—buen obrero mecánico, ganaba un jornal crecido y podía subvenir á las necesidades de su hija y de una hermana vieja que cuidaba de la niña. Pero un día el pobre hombre, cogido por una rueda, murió miserablemente destrozado en el engranaje. Y héla aquí sola, con su tía, una campesina sin oficio. El antiguo

patrono del padre daba una pequeña pensión á la huérfana; la vieja servía como asistenta; pero á pesar de todo lo pasaban muy mal. La niña, que acababa de tomar la primera comunión, hubo de entrar en aprendizaje y dejar la escuela, donde por lo demás no había aprendido gran cosa.

—¡Oh! señorito Armando, si usted viera mis garabatos y mis faltas de ortografía... Me da vergüenza.

Y contaba los largos años de apuros, el pobre lujo de la casa desapareciendo sucesivamente, el reloj de sobremesa siempre yendo y viniendo al Monte de Piedad para comprar lo preciso, las ansiedades periódicas para pagar al casero. Por fortuna ella adquirió pronto habilidad en su oficio, y tenían con qué vivir, nada más que lo preciso, pero, en fin, vivían. Y, además, su suerte iba á mejorar probablemente. Habían hablado de ella á Madame

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO J. REYES"
calle 1625 MONTERREY, MEXICO

Pamela, la gran modista que tenía en su taller una plaza vacante, y dentro de poco, quizás mañana, esperaba entrar en aquella casa famosa, donde podría ganar ciento cincuenta ó doscientos francos al mes.

Armando la escuchaba, compadeciendo á aquella niña que había ya trabajado y sufrido tanto. Con aquella existencia de privaciones, cuyas peores horas contaba la muchacha casi con gusto, comparaba él su infancia, tan mimada y tan fácil. Pensaba que la moneda de veinte francos con que iba á pagar la comida hubiera bastado á Enriqueta y su tía en otro tiempo para vivir una semana. Tenía Armando un corazón excelente y sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas cuando la obrera, en su lenguaje pintoresco, lleno de detalles dolorosos y exactos, le revelaba las virtudes de costumbre y las resignaciones cotidianas del

buen pueblo, tan valiente y tan ingenioso en su miseria.

Cafía la tarde cuando les sirvieron el café. Salieron del restaurant. Las luces del gas se iban encendiendo en todas direcciones. Cuando Enriqueta tomó el brazo de Armando con un ademán confiado y conyugal, él experimentó una sensación muy dulce y muy nueva.

Un cochero de victoria, parando su carruaje al borde de la acera, les hizo señal.

—La noche está hermosa—dijo el estudiante.—¿Vamos á dar una vuelta al Bosque?

—Sí, sí,—exclamó alegremente la griseta.—¡Es tan agradable ver los verdaderos árboles!

Le confesó que quizás no había paseado cuatro veces en su vida en carruaje abierto. Así es que se divirtió mucho y charló como una chicuela.

¿El campo? Ella casi no lo conocía. En verano los domingos por la tarde, cuando hacía buen tiempo, su tía llevaba en una cesta una botella de agua con vino y algún fiambre y se iban á comer respirando el «aire puro» de las fortificaciones.

—Pero donde hay cenadores y chimeneas de fábricas —añadía— no es el verdadero campo, ¿es verdad?

En cuanto al bosque de Boulogne había visto en él salvajes muy feos en el Jardín de Aclimatación. Había allí mucha gente, mucho polvo y luego era preciso esperar tanto tiempo para coger el tranvía. ¡Pero por la noche debía ser delicioso!

Llegaron ya de noche al Arco de Triunfo, y cuando Enriqueta descubrió bajo el amplio cielo estrellado, la ancha y tenebrosa Avenida de la Emperatriz, donde innumerables faroles de carruajes se des-

lizaban como enormes fuegos fatuos, dejó escapar un largo suspiro de admiración y calló maravillada.

Armando se acercó á su amiga y la cogió la mano. Como ella la retirase, él temió al pronto una resistencia. Pero Enriqueta se quitó los guantes, y le abandonó dulcemente sus dos manos desnudas y á este primer contacto los dos experimentaron un estremecimiento de voluptuosidad. El aire refrescaba, un soplo forestal que trascendía les acariciaba el rostro. El rodar de los carruajes en marcha, al que el trote rítmico de los caballos daba una confusa cadencia, les mecía blandamente, y los dos se sentían llevados como por una ola. Entonces el joven se inclinó al oído de Enriqueta y murmuró con ardor: «Te amo.» Luego buscó en la sombra la mirada de su amiga, que se fijó en la suya, tierna y pensativa.

Enriqueta meditaba. Aquella hora era la más deliciosa, pero también la más grave de su vida. Dentro de poco Armando la llevaría á su casa, en Vaugirard, al final de la calle de Lecourbe. La vieja no estaba allí y si él quería acompañarla hasta su habitación ella no diría que no, ni tendría fuerza para negarle nada. Por otra parte, aquella noche, al día siguiente ó más tarde—¡qué importa!—iba á ser suya.

¡Ay! La hija del pueblo no se hacía ilusiones. Aquel joven, á quien entonces juzgaba mucho más inocente de lo que había creído antes, estaba sin duda enamorado de ella. Pero ¿cuánto tiempo la amaría? Ella no podía darle más que su juventud y su pobre corazón. Seguramente pronto se avergonzaría de tener una amiga tan sencilla, tan «ordinaria». Solamente en los cuentos de las hadas

el príncipe Encantador se casa con la Cenicienta. Aunque ella le inspirase algo más y mejor que un capricho, que le uniera á su amor por medio de un sentimiento duradero, más pronto ó más tarde, á pesar de todo, tendrían que separarse.

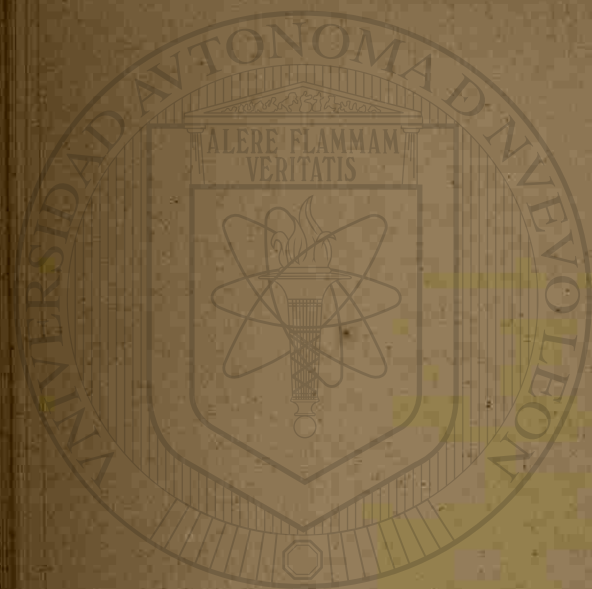
Esta era la historia de muchas de sus amigas. Uno, dos, tres años de locura con un amante de manos blancas, y luego adiós para siempre. No: lo que hacía no era prudente. Algún día sería abandonada como sus compañeras de taller. La mayor parte de ellas, las perezosas, las glotonas, las coquetas se hacían «malas mujeres». Algunas más razonables acababan por casarse con un hombre de su condición, un obrero vulgar que holgaba los lunes y algunas veces las pegaba.

Mas ¿por qué anticiparse las penas? Su destino, después de todo, era el de casi todas las muchachas pobres. La juventud

pasaba como una flor y luego toda la vida sufrir. Felices las que habían gozado un poco de amor no demasiado brutal, algunas breves alegrías en su abril, una linda novela. Enriqueta debía considerarse una de las más favorecidas: por que al menos ella era bonita, bastante bonita para gustar á aquel guapo joven que la estrechaba tan fuertemente las manos y la decía tan dulcemente frases apasionadas. ¡Cómo la seducía, cómo lisonjeaba todas sus delicadezas de mujer, aquel hijo de familia, rico, de tez mate y pura, de voz acariciadora y actitudes elegantes!

No sospechaba que fuese tan deseado el torpe principiante, el escolar de amor, muy satisfecho ya con tocar aquella carne, con sentir aquel olor de mujer. La virgen sin ignorancia que inspiraba aquel deseo estaba aun más embriagada que él. Hubiera querido besarle, estrecharle, aspi-

rarle como una flor. Se contuvo mucho tiempo; pero al fin no pudo más, y después de cerciorarse por una mirada circular de que nadie les veía, Enriqueta posó silenciosamente sus labios sobre los del joven y los dos amantes, inadvertidos entre la multitud nocturna, cambiaron su primer beso bajo la solemne somnolencia de las estrellas.



VIII

Aquella noche Armando no volvió á su casa hasta después de las doce. Regresó desde lo último de Vaugirard embriagado por su primer triunfo amoroso, y en medio de la claridad de noche de mayo sus pasos victoriosos resonaban con fuerza en las calles silenciosas.

¡Inolvidable noche!

El mismo se admiraba de su audacia. ¿Era él quien había osado pedir á Enriqueta que le permitiese subir á su casa? ¿Era á él á quien ella había guiado por la tenebrosa escalera, cogiéndole de la mano?

¡Oh! nunca olvidaría aquella estancia.

Y, sin embargo, eran bien pobres las dos habitaciones de aquel piso cuarto. Bien pequeño aquel comedor, aquel comedor reducido ocupado por una estufa de cañón doblado, una mesa redonda, una máquina de coser y el sofá-cama de la vieja ausente doblado en un rincón. Bien miserable también el estrecho cuarto de la griseta, donde dos estampas iluminadas —Gambetta y Garibaldi— recuerdo de las opiniones políticas del difunto padre, hacían buenas migas con el crucifijo de cobre y la rama de olivo bendito, colgados encima de la cama.

Pero en aquel tugurio de miseria Armando había visto abrirse para él un paraíso desconocido. Al salir vibraba aun en su corazón el incomparable encanto del misterio revelado, y llevaba en su ropa, en sus manos, en su barba naciente, el voluptuoso perfume de aquella joven ena-

morada, que un momento antes, en un delicioso desorden, con los ojos brillantes de dicha y de lágrimas, le enlazaba en el quicio de la puerta para retenerle un instante más y prolongaba sobre su boca el ardiente beso de despedida.

Los amantes se habían prometido volver á verse lo más pronto posible. Pero Enriqueta no podía ya recibir en lo sucesivo á Armando en su casa. Consintiendo en ello había cometido una grave imprudencia. Si no se hubiera tratado más que de ella se hubiese reído de los vecinos y del qué dirán. Pero su tía volvería pronto del asilo de convalecientes y era una excelente mujer, á quien la joven respetaba y no quería disgustar.

Armando, pues, debía sin pérdida de tiempo buscar un asilo para sus amores. Por fortuna, su bolsa de estudiante aplicado y formal estaba bien provista, pero

no por esto se hallaba menos apurado en su ignorancia de los recursos de París en semejante materia. Tomó el partido de dirigirse á uno de sus compañeros de la Escuela de Derecho llamado Teodoro Verdier.

Este amable joven, un poco mayor que Armando, tenía la costumbre de embromarle por sus costumbres austeras, y muchas veces le llamaba riendo: «Señorita Bernard.» Vivía también con sus padres. Pero era un hijo demasiado mimado, á quien la indulgencia materna dejaba entera libertad, y que naturalmente abusaba de ella. Ya acostumbrado al barrio Latino, fumaba innumerables cigarrillos, hacía versos según la última fórmula decadente, concurría á Bullier el «día de moda», y hasta era conocido en algunas tabernas estilo Luis XIII, donde mujeres demasiado ardientes servían detestable

cerveza: y aunque era bien educado y sabía guardar cuando convenía el tono de la buena sociedad, había despertado desde luego en la señora de Bernard des Vignes una desconfianza instintiva, como que muchas veces había dicho á su hijo:

—Ese Verdier, me parece que es un amigo peligroso.

Al día siguiente de su aventura, Armando corrió á casa de Teodoro Verdier, y le encontró ocupado en buscar consonantes para un soneto inflamatorio dedicado á una robusta morena llamada Flo—abreviación de Florentina—que embellecía por entonces una pequeña cervecería de la calle Monsieur-le-Prince, decorada al gusto japonés y frecuentada por un grupo de jóvenes poetas simbolistas.

Teodoro acogió con una alegre carcajada la semi-confidencia que le hizo su amigo avergonzado. —¡Bravo! «señorita»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

—exclamó—Sea enhorabuena... Vienes á tiempo. Mi penúltima querida estaba precisamente en poder de un celoso, y si nuestro asilo de antes—barrio apartado, casa discreta—está aún disponible, es lo que te conviene. Vamos á verlo.

Era una habitación bastante grande, limpia y regularmente amueblada, donde el aire y la luz entraban por dos ventanas que daban á una de las avenidas que rodean los Inválidos, «un cuarto de oficial superior», según la expresión de la portera, que trataba frecuentemente con militares. Por consejo de Teodoro, Armando hizo quitar de la pared un tremendo cromo que representaba á M. Thiers, designado por trescientos brazos de otros tantos diputados como el libertador del territorio; dió orden de añadir al mobiliario, á fin de hacerlo más íntimo y más *comfortable*, dos lámparas, una alfombra y

algunas plantas: luego pagó el primer mes anticipado, y después de dar gracias á su amigo con efusión, volvió á su casa encantado de haberse procurado aquel nido.

La portera le entregó la primera carta de Enriqueta.

¡Buenas noticias! Acababa de obtener la plaza que deseaba en casa de Pamela, la gran modista, donde entraría el día siguiente, martes. Lo que no decía es que se alegraba mucho de no tener que volver á casa de la señora de Bernard, porque no hubiese podido ver á la madre de Armando sin morirse de vergüenza. Si á las ocho ú ocho y media, cuando ella saliera del taller, Armando estaba libre, le esperaría bajo los arcos de la calle de Rivoli delante del Hotel Continental. La carta acababa con algunas acariciadoras frases de amor que Armando leyó con arrobo, sin cuidarse—podéis creerlo—

de la ortografía independiente ni de la letra de nodriza.

Armando salía rara vez de noche. Para que su madre no extrañara verle cambiar de costumbres, mintió ¡ay! por la primera vez de su vida é inventó el pretexto de una conferencia, de una reunión de estudiantes, y el día siguiente fué puntual á la cita.

Enriqueta había pasado todo el día trabajando en el célebre taller de la calle Castiglione que conocen todas las elegantes. Pero cuando terminó la comida—las obreras eran mantenidas en la casa—rápidamente, en dos tiempos y tres movimientos dobló la servilleta, se puso el sombrero, saludó, y volando como una golondrina huyó bajo las arcadas. Hacía un cuarto de hora que Armando la esperaba. Reconoció desde luego su silueta delicada y seguidamente, cogidos del bra-

zo, con las manos unidas, acercándose uno á otro lo más posible, partieron ligeros como un sueño hacia su nido de amor.

Durante quince días esto se repitió todas las noches y pasaron horas encantadas.

¡Cómo se amaban! ¡Cómo se amaban! Seguramente con la alegría y el enloquecimiento de sus sentidos jóvenes, con rápidas voluptuosidades de palomas. ¡Pero también muy tiernamente! Para Armando Enriqueta no era solamente la mujer, la quimera que enciende con su vuelo de llamas los sueños de todos los adultos y que había por fin cogido y conquistado. Era la amada, la única, la que se evoca cuando se está lejos de ella, solamente con cerrar los ojos, aquélla cuyo recuerdo os persigue á todas horas, os posee, corre por vuestra sangre y envuelve vuestro corazón. Todo conmovía al estudiante en la

persona de su adorada querida. A sus ardores de hombre joven, al entusiasmo de sus deseos ante aquel cuerpo femenino, tan endeble y tan puro, donde flotaba aún una gracia infantil, se añadía un profundo sentimiento de dulzura, formado de agradecimiento y de generosa compasión hacia la virgen cándida y desinteresada, sin cálculo y sin defensa que le había dado desde la primera sonrisa, como se da una rosa, la flor de sus veinte años. Y él, el recto y honrado niño, se juraba amarla siempre.

En cuanto á Enriqueta, se abandonaba á su amor con esa preciosa facultad de no vivir más que para la hora presente; con ese descuido lleno de imprudencia, privilegio de los cándidos y de los ignorantes. El día, el inevitable día en que se viera separada de Armando no habría en el mundo felicidad para ella. Esto era todo.

Entre tanto, gozaba desenfrenadamente de su dicha del momento. Y ésta era tal que algunas veces le parecía demasiado. Era como un objeto de gran precio que la hubieran puesto en la mano, pero cuyo uso ignoraba. ¡Pobre chica! Estaba estupefacta como un mendigo á quien diesen de limosna una estrella.

Adorada como la más querida de las amantes, tenía la sumisión temerosa del esclavo. Durante muchos días no había podido decidirse á tutear á su amado. Él se turbaba alegremente y experimentaba un placer delicado con los torpes ensayos de Enriqueta para hacerse más familiar. Cuando en un momento de expansión ella le había dado un nombre amistoso un poco vulgar, y cuando dejaba escapar un «querido mío» ó quizás un «mi tesoro» que trascendía á barrio bajo y que Armando, sin embargo, encontraba muy

dulce, se llenaba de vergüenza y se arrojaba al pecho del joven ó le besaba el cuello para ocultar su turbación. ¡Tenía tanto miedo de no ser bastante «fina» para él! A pesar de la posesión sabía que no era su igual. Muchas veces le cogía la mano, su fina y nerviosa mano de aristócrata, la miraba largamente, con la sensación de tocar algo muy raro, muy extraordinario, y acababa siempre por llevarla á los labios y dejar en ella un beso delicado y respetuoso.

Al verla tan humilde, tan tímida, tan desarmada ante la vida, el adolescente de ayer, de quien ella había hecho un hombre, pensaba con orgullo enternecido que aquella débil criatura era suya, dependía de él y que en adelante su deber era defenderla y protegerla.

¡Cómo se amaban! ¡Qué felices eran! Para aumentar sus delicias el azar permi-

tió que su juvenil idilio tuviese por medio y por decoración sublimes noches de verano, en que el sombrío azul descubría sus profundidades infinitas, en que en medio de los cielos luminosos los planetas brillaban como faros, en que los astros desarrollaban sus legiones brillantes.

A eso de las once los dos amantes salían de su ignorado asilo y Armando acompañaba á Enriqueta hasta su casa por los boulevares exteriores anchos y desiertos. El aire era tibio, las largas filas de árboles, en plena florescencia, exhalaban un perfume fresco. La cúpula de los Inválidos, de un azul oscuro y cuyas planchas doradas brillaban vagamente se erguía con altivez en el cielo. Sólo el rumor de la gran ciudad escuchado á lo lejos como el zumbido de una abeja. ¡Qué silencio! Enlazados, marchando á paso muy lento, deliciosamente lánguidos, los

enamorados avanzaban por las soledades. La plenitud de su dicha era tal que creían que toda la naturaleza debía asociarse á ella, y cuando se detenían por un momento les parecía que todo lo que les rodeaba, las grandes avenidas, los altos edificios, los profundos ramajes y el Zodiaco irradiando sus flores de luz, lanzaban al mismo tiempo que ellos un inmenso suspiro de gozo y de voluptuosidad.

IX

A este delicioso ensueño había sido Armando arrancado súbitamente.

Todo lo sabía su madre, su admirable madre á quien él amaba con todo su corazón, pero cuyo carácter celoso y sentimientos despóticos y apasionados conocía perfectamente. Comprendió que la lucha sería terrible y que iba á sufrir y á hacer sufrir.

Y en efecto, la lucha se entabló inmediatamente.

Un poco antes de la hora de comer, Armando, según costumbre, fué á buscar á su madre al gabinete. Por primera vez entró aquel día con los ojos bajos, la

frente inclinada y el corazón lleno de angustia y confusión. Pero cuando vió á la señora de Bernard sentada en su sitio, delante de su bastidor, recordó en un momento toda su infancia rodeada de atenciones y cariño, y no pudiendo soportar la idea de que existiese una barrera, un obstáculo entre su madre y él, y de que hubiera dejado de ser el hijo único y amado de siempre, corrió hacia ella con los brazos abiertos y las manos extendidas pidiendo perdón con la mirada.

Pero ella le detuvo por medio de un ademán imperioso, de un gesto negativo y le arrojó un «no, yo te suplico» que volvió al joven á la dolorosa realidad y le heló la sangre en las venas.

Habiendo anunciado el criado que la sopa estaba servida pasaron al comedor y se sentaron silenciosamente á la mesa.

La hora de comer había sido siempre para ellos una de las más agradables. Hablaban de los incidentes del día, hacían proyectos para el siguiente y se entretenían en dulces y tranquilas conversaciones. Pero aquel día, dos convidados invisibles, la cólera y la vergüenza, se sentaban á la mesa. El hijo y la madre apenas tocaron los platos que les sirvieron y no se dijeron ni una palabra.

Volvieron al gabinete donde dos lámparas, encendidas demasiado pronto, lucían débilmente en el triste crepúsculo de los días largos, y cuando el criado, después de haber servido el café, les dejó solos, la señora de Bernard rompió bruscamente el silencio y dijo á Armando con amargura:

—Vas esta noche á tu conferencia, ¿no es verdad?

Efectivamente, tenía cita con Enrique-

ta, y avergonzándose en la sombra sólo acertó á murmurar:

—¡Madre mía!...

Entonces la señora de Bernard estalló.

—Vete—exclamó temblando de indignación;—vete á buscar á tu querida. En adelante para eso no tendrás necesidad de mentir. Porque has mentido, me has engañado indignamente. ¡Ah! Empiezan bien tus amores. Esa mujer te ha hecho ya cometer una bajeza. Me estremezco al pensar lo que esa desgraciada hará de tí, y hasta dónde podrá llevarte. Anda á buscarla, hijo mío. No te detengo.

Pero al oír sollozar al joven se detuvo.

—¡Lloras!—dijo con voz más dulce.

Él se arrojó á sus piés y la cubrió las manos de besos y de lágrimas.

—Perdóname, querida mamá—murmuró.—Perdónamé si te disgusto... Pero, si tú supieras... ¡La amo!...

Esta palabra cortó en seco el enternecimiento que empezaba á apoderarse de la señora de Bernard.

—¡La amas!—dijo con acento vibrante de feroz ironía.—¡Amas á mi costurera! Pero, infeliz, chiquillo, eso no es formal. ¡Estás loco! Yo había esperado, ó por lo menos había tenido la necedad de creer que pasarías altiva y dignamente tu primera juventud hasta el día en que te hubiera casado con alguna hermosa joven. Esta era mi ilusión, lo confieso, y tú la destruyes cruelmente. Sin embargo, soy razonable: hubiese comprendido y escusado un arrebato, un arranque de pasión. Veinte años son veinte años; ¡ya lo sé! Pero, ¡tú, tú seguir la primera falda que se presenta! ¡Fijarte en esa obrera vulgar, apenas bonita!... Verdaderamente, te creía más delicado... ¡Basta! Comprometería mi dignidad de madre y de

mujer honrada hablando más tiempo de semejante indecencia. Con tu permiso, no nos ocuparemos más en semejante asunto. Hasta creo que he hecho mal en arrebatarme y reprenderte. Déjame esperar, que no tardarás en dirigirte á tí mismo reproches más severos que los míos. ¡Una bribona á quien he distinguido con mis bondades! ¡Una miserable intrigantuela á quien he protegido y atraído á mi casa, seduciendo á mi hijo!... ¡No, Armando, eso no es serio! ¡Tú no sabes lo que dices, y muy pronto, quizás mañana, cuando hayas reflexionado, cuando pase tu detestable capricho, te avergonzarás de haber osado decirme que amas á esa perdida!...

¡Qué mal se conducía la pobre señora! ¡Cómo se engañaba ofendiendo á su hijo en su amor! Ya él no estaba á sus pies, ni acariciaba sus manos con zalamerías de

niño. Se había levantado estremeciéndose, y respetuoso, pero con los ojos secos y la voz ronca dijo á su madre:

—Te suplico, madre mía, que no hables así. Tú no conoces á la pobre muchacha y eres injusta con ella... Y toda vez que no puedo defenderla, sino confesándolo todo... sabe que... que yo he sido el primero...

Pero no pudo acabar la frase. La señora de Bernard había prorrumpido en una carcajada insultante, espantosa. Luego exclamó irguiéndose altanera é impetuosa:

—Ni una palabra más, ¿lo oye usted?

—Y este *usted* que le decía por la primera vez de su vida hirió al joven como una puñalada.—¡Ni una palabra más! Veo que está usted más ciego y más obcecado de lo que yo suponía. Guarde usted sus confidencias y déjeme. Esa señorita le espe-

ra á usted sin duda, y un caballero no debe retrasarse nunca.

Y dejando á Armando traspasado de dolor, la señora de Bernard huyó á su dormitorio.

Allí permaneció largo tiempo en tinieblas. Sentía subir y acrecentarse en su corazón y en su cerebro una explosión de cólera, una tempestad de odio contra aquella mujer salida de la nada que le había robado la inocencia, y según ella creía, el amor de su hijo. Entonces se le representaba el lindo perfil de la obrera, su aire de reserva, su gracia natural. ¡No! Aquella mujer no era ni fea, ni vulgar. Podía gustar, podía ser amada. Este pensamiento llenaba de ira á la madre de corazón exigente, á la viuda desdenada en otro tiempo por su marido. Detestaba á Enriqueta como á una enemiga, como á una rival.

Entonces, durante algunos momentos la señora de Bernard des Vignes, la mujer piadosa y bien educada, que había vivido en la buena sociedad y brillado en la corte, se convertía en la salvaje campesina de Sartène, la hija del viejo Antonini, y sentía correr por sus venas la sangre corsa, la sangre abrasada de odio y pronta á la *vendetta*. Si, lo que era imposible, hubiera visto aparecer ante sus ojos en aquel momento á la querida de su hijo, se hubiese arrojado sobre ella como una bestia furiosa y la hubiera cruzado el rostro con lo primero que hallase á mano.

Este espantoso deseo la despertó, por decirlo así. Lo desechó con horror sintiendo disgusto y compasión de sí misma. Luego, de repente, pensó en su hijo con repentina indulgencia, con debilidad enteramente maternal. Había sido demasiado severa. Hay que dar á la juventud lo

que es suyo. Su Armando era bueno y la amaba, á pesar de todo. Aunque sintiera alguna inclinación por esa Enriqueta, esto no podía durar. Por otra parte, no podía creer que Armando hubiera sido el primer amante de aquella muchacha. Una costurera á domicilio, que va donde quiere y sale cuando quiere. ¡En París! ¡Bahl! Su hijo se cansaría pronto de semejante intriga. Los gustos, las costumbres de aquella mujer le chocarían tarde ó temprano.

¿Quién sabe? Tal vez esto ya es un hecho. Y por otra parte, ¿no es capaz de sacrificar ese capricho al reposo de su madre? Sí, mil veces sí. Quizás ya piensa en ello. Quizás mientras ella está allí, desesperándose, él se encuentra á dos pasos devorado de pena, el pobre muchacho, y dispuesto á prometer, á jurar que aquello ha concluido.

La crisis de esta súbita esperanza la hace volver corriendo á su gabinete. Armando no está allí. Y como entra el criado llevando los periódicos de la tarde le pregunta:

—¿Ha salido el señorito Armando?

Esperaba que le contestaran que no, que aún estaba en casa y que acababa de entrar en su cuarto.

—Sí, señora—contesta la voz fría del criado;—salió hace un cuarto de hora.

Profundamente desalentada la señora de Bernard se deja caer entonces en su marquesita y se abandona á la corriente de su tristeza. Le parece—y esta es una sensación casi físicamente dolorosa—que algo se ha quebrantado y roto en su corazón. En la pared, delante de ella, mira maquinalmente su propio retrato en traje de baile, que durante su corta luna de miel hizo su marido en otro tiempo pintar

á Dubufe. Y en el cuadro bañado de sombra ve levantarse el espectro de su juventud y su belleza. ¿Por qué acude á su memoria el preludio de aquel vals de Strauss, que tocaban el día que su padre la presentó en el baile de las Tullerías?

¡Vamos, valor! Es necesario sacudir este anonadamiento, pensar en otra cosa. Rompe la faja de un periódico, lo desdobla y en la primera página salta á su vista un nombre que la hace estremecer.

El coronel Voris que está actualmente en el Tonkín, donde manda una de las columnas del cuerpo expedicionario, acaba de ser ascendido á general, después de una série de brillantes hechos de armas contra los Pabellones Negros.

¡El coronel Voris! ¡Qué dura ha sido con este noble soldado y cumplido caballero! Recuerda su larga fidelidad, su respetuosa paciencia. Es el hombre que más

se ha acercado á su corazón. Y sin embargo, le ha rechazado por Armando, desterrándole lejos de ella. ¿Qué ha ido á buscar en aquel clima mortífero, en una guerra obscura y sin gloria? El olvido, tal vez la muerte. Cualquier día, es horrible, sabrá que aquel héroe que la ha amado tanto ha muerto en las fétidas lagunas lentamente consumido por la fiebre, ó ha sido espantosamente torturado y mutilado por los hombres de raza amarilla. ¡Y será por su culpa! Porque ella le ha desesperado por consagrarse completamente al hijo ingrato que hoy la abandona.

¡Hijo cruel!

Llena de melancolía deja caer el periódico en la alfombra. Delante de ella en la semi-obscuridad el gran retrato la mira con los ojos entristecidos y severos, y parece llorar sobre ella y reprocharla por haber perdido y malgastado su vida. Fue-

ra, la gran ciudad que no duerme nunca produce su eterno murmullo. Y la señora de Bernard volviendo á su idea fija, piensa que en alguna parte de aquel gran París su hijo está en los brazos de una querida, de una mujer á quien ama más que á ella. Y ocultando el rostro entre las manos la pobre madre llora amargamente.

Es la ley de la naturaleza. El pajarillo ha cobrado fuerzas, sus plumas han brotado, sus alas tiemblan. Ansioso de libertad se acerca al borde del nido y á pesar de los gritos de su madre desesperada, vuela, vuela.

X

Han pasado los días y las semanas y sigue siendo la misma la dolorosa situación entre la señora de Bernard y Armando.

En la apariencia han hecho las paces. La segunda vez que ella le vió acercarse con los brazos abiertos, no tuvo valor para rechazarle. Se dan el beso de la mañana y el de la noche.

Pero para uno y otro este beso es un suplicio. Ella no puede evitar un extremo de repugnancia al contacto de los labios de su hijo, creyendo encontrar en ellos y encontrando positivamente el gusto de las caricias de «la otra», de la mujer á quien

ra, la gran ciudad que no duerme nunca produce su eterno murmullo. Y la señora de Bernard volviendo á su idea fija, piensa que en alguna parte de aquel gran París su hijo está en los brazos de una querida, de una mujer á quien ama más que á ella. Y ocultando el rostro entre las manos la pobre madre llora amargamente.

Es la ley de la naturaleza. El pajarillo ha cobrado fuerzas, sus plumas han brotado, sus alas tiemblan. Ansioso de libertad se acerca al borde del nido y á pesar de los gritos de su madre desesperada, vuela, vuela.

X

Han pasado los días y las semanas y sigue siendo la misma la dolorosa situación entre la señora de Bernard y Armando.

En la apariencia han hecho las paces. La segunda vez que ella le vió acercarse con los brazos abiertos, no tuvo valor para rechazarle. Se dan el beso de la mañana y el de la noche.

Pero para uno y otro este beso es un suplicio. Ella no puede evitar un extremo de repugnancia al contacto de los labios de su hijo, creyendo encontrar en ellos y encontrando positivamente el gusto de las caricias de «la otra», de la mujer á quien

odia tanto. Algunas veces necesita contenerse para no limpiarse la cara. En cuanto á él, cuando besa á su madre ya no siente el grato y cordial calor de antes, en aquel rostro pálido, en aquella mejilla insensible que se le presenta en ademán forzado, casi resignado.

La señora de Bernard no habla ya á su hijo de sus amoríos. No pronuncia nunca el nombre de Enriqueta. ¿Por qué? ¿Por pudor de mujer, por orgullo maternal? Quizás también por cálculo. Teme irritar al joven, aumentar aun la desunión nacida entre ellos; cree más prudente callar y tener paciencia. No le habla nunca de eso, pero él sabe que no piensa en otra cosa, que piensa sin cesar, y en todas las palabras de su madre cree encontrar un doble sentido, y descubrir una alusión ó una ironía.

Hay un momento sobre todo penoso.

Por la noche, después de comer, á la misma hora en que tuvieron la primera explicación. La señora de Bernard se sienta á su eterno bordado, y sin levantar los ojos de su trabajo, dice á Armando con voz ahogada en que se mezclan el temor y el ruego:

—¿Sales?

Él contesta muchas veces:

—No, mamá.

Porque ha espaciado sus citas con Enriqueta. Sí, ha tenido ese valor. Ha dado por razón á su humilde amiga que lo acepta todo y consiente en todo, sus estudios de derecho descuidados desde que la conoce y la necesidad de preparar su examen.

Pero la señora de Bernard parece no agradecer á su hijo esta concesión, que él sin embargo, cree heroica, y demuestra encontrar muy natural que permanezca en casa.

Por otra parte, no tienen nada que decirse y se limitan á cambiar algunas palabras sobre cosas insignificantes. Aquella conversación de la que está desterrada la confianza, es un esfuerzo, casi una molestia.

Al cabo de media hora Armando acaba por decir:

—Adiós, mamá, voy á estudiar.

Ella le presenta su mejilla de mármol, y él se retira á su habitación lleno de fastidio.

Pero como Enriqueta está ocupada todo el día en casa de Pamela, no puede verla más que por las noches y muchas veces á la temible pregunta «¿Sales?» tiene que contestar: «Sí.» Su madre entonces exhala un suspiro que le mortifica, y él se va sabiendo que la deja solitaria y desolada, y acusándose de ser un mal hijo.

El pobre muchacho no era sino un ena-

morado. Desde que llegaba á la cita, desde que distinguía á Enriqueta corriendo hacia él bajo los pórticos y sonriendo de lejos—fuerza es decirlo—todo lo olvidaba. No vivía más que por las horas adorables que pasaba cerca de su joven amiga. Al pronto por no inquietarla no la había dicho nada de su disentimiento con su madre. Pero dos amantes verdaderamente enamorados pueden guardar mucho tiempo un secreto el uno para el otro? Un día que Armando tenía el corazón muy lacerado lo contó todo á Enriqueta.

La joven quedó consternada. La lucha entre ella y la señora de Bernard le parecía demasiado desigual. Recordaba con terror aquella madre imponente, aquella hermosa dama de mirar severo á quien había ofendido después de todo, y que debía de tener tantos medios de reducir á su hijo á la obediencia y de vencer á la

infeliz muchacha. Ciertamente, Armando protestaba de su constancia y juraba amarla siempre, á pesar de todos los obstáculos. Sin embargo, no hablaba nunca de su madre, sino con gran ternura y profundo respeto. Ella tendría siempre sobre él mucha influencia y acabaría un día ú otro por decidirle á una ruptura. Al pensar esto Enriqueta se sentía morir. ¡No ver más á Armando! ¡Perderle! Esto sería para ella como si se extinguiera el sol.

A pesar de todo ocultaba sus temores y se esforzaba por presentarse siempre á su amante con el rostro placentero. ¡Además él era tan bueno, tan cariñoso!

Poco á poco se tranquilizó. Por fin una prueba decisiva—la ausencia—la permitió medir la extensión de su dominio sobre el corazón de Armando.

Era á principios de agosto. El estudiante acababa de sufrir con éxito su segundo

examen de derecho y había llegado la época en que la señora de Bernard y su hijo, debían, como todos los años, ir á pasar tres meses á los Trembleaux, posesión importante que tenían en la Mayenne.

Las dos mujeres esperaban con ansiedad la hora de la separación. Era para la madre un motivo de esperanza, para la querida de inquietud.

—¡Si la olvidase!—pensaba la una en un minuto de sombría alegría.

—¡Si me olvidase!—se decía la otra con el corazón oprimido por los sollozos.

Armando poco á poco había ido preparando á Enriqueta para su partida. Era tan cruel y tan duro para él como para su querida renunciar á las entrevistas deliciosas en el asilo de su amor, á los encantadores paseos en la hospitalaria bondad de las noches estrelladas. ¡Y qué largo será este destierro! ¡Pero el hijo sumiso no po-

día dispensarse de acompañar á su madre y después de una velada de despedida, en que cambiaron ardientes promesas y vertieron dulces lágrimas, partió Armando!

¡Oh! ¡Cómo se aburre y se entristece la pobre Enriqueta en este París seco y abrasado de la canícula, con las calles casi desiertas, las casas mudas y ciegas! ¡Qué monótono, qué fastidioso es el insoportable día de trabajo en aquel taller cuya atmósfera es la de un baño ruso, donde las obreras sudando cantan en coro á media voz una estúpida y cansada romanza de café-concierto!

Hoy, sin embargo, la griseta no tiene prisa por marcharse después de la comida. Nadie la espera bajo los pórticos. ¡Oh! ¿Dónde está ahora su «querido»? ¿Qué hace? ¿Piensa en ella?

Para volver á su casa toma aún el camino más largo, el que seguía del brazo de

Armando, *su* camino. Pero ha perdido todo su encanto. ¡Antes le parecían tan bellos, con el sol poniente, la decoración triunfal de la plaza de la Concordia, el gran río corriendo bajo el puente monumental, la ancha esplanada dominada por el gigantesco casco de oro de los inválidos! Ahora aquel largo camino no representa para ella más que fatiga.

Al cerrar la noche, pasa por delante de la casa donde ha vivido las únicas horas de su existencia. Se detiene un instante levantando los ojos hacia los postigos cerrados de *su* cuarto. ¡Ah! Las almas del Purgatorio deben mirar de igual manera delante de la puerta cerrada del Paraíso. Le parece que hace una eternidad que partió Armando, y sin embargo—si, los cuenta con los dedos—no hace más que ocho días. ¿Cuándo volverán á subir juntos besándose por aquella obscura escalera?

¿Cuándo se encerrarán con doble vuelta en «la habitación del oficial superior» como la llamaba en broma Armando, repitiendo la frase de la portera? ¿Cuándo volverá a ver el mueble de terciopelo encarnado con veletes de crochet y el Galileo del reloj que señala una esfera terrestre con su dedo de zinc dorado? ¿Cuándo contemplará en las paredes en sus marcos picados de moscas la *Vispera de Austerlitz* y la *Despedida de Fontainebleau*?

Cuando se encienden los mecheros de gas se pone en marcha. Algunas veces un joven teniente, de paisano, que viene de la Escuela militar y baja a París a caza de aventuras, acorta el paso al cruzarse con la gentil muchacha; pero al ver sus ojos tan tristes pasa de largo sin intentar la aventura. Y Enriqueta continúa su camino por las calles desiertas, donde el viento cálido de tempestad hace correr y

girar en torno suyo las primeras hojas secas, tan melancólicas, del precoz otoño de París.

La joven se agostaría y acabaría por caer enferma de pena, si todas las semanas no recibiese una carta de Armando. No puede dirigírsela a su casa por su tía; pero todos los domingos Enriqueta, que tiene el día libre, corre a buscar su carta, su querida carta, a la lista del correo delante del Pequeño Luxemburgo, y va en seguida a leerla al jardín. ¡Ah! Los horteras con traje dominguero que pasean por allí, pueden señalar riendo a la linda muchacha, absorta en su lectura. Enriqueta no se ocupa de ellos. Andando lentamente bajo los castaños medio despojados, a lo largo de las terrazas florentinas, delante de las reinas de mármol, lee una y veinte veces las cuatro páginas donde el amado ausente le prodiga todas sus ternezas.

Aquella carta, cuyas palabras todas acarician su corazón, es el sostén, el viático de la pobre joven. La guardará en el corsé toda la semana y la leerá todas las noches antes de dormirse.

La gran dificultad es contestar. Desde el Luxemburgo Enriqueta vuelve á su casa, y por la tarde, mientras su tía se instala en un extremo de la mesa de comer, prepara el papel, saca la botellita de tinta, escoge una pluma nueva, la moja entre los labios, medita un rato y no sabe qué decir. Ya no tiene tanta vergüenza por sus faltas de ortografía. Armando le ha dicho tantas veces que le hacían gracia, como todo lo que procedía de ella! Pero no sabrá nunca inventar como él esas lindas frases, esas maneras tan graciosas de decir: «Te amo.» Así, las primeras líneas de su respuesta son siempre torpes y premiosas. Pero luego se deja llevar del

sentimiento, escribe á su amante como si estuviera allí y le hablase, y entonces al correr de la pluma encuentra sin sospecharlo imágenes sentidas y agradables giros de estilo. Por ejemplo, un día que Armando, casi celoso en su destierro, le pregunta con inquietud: «¿Eres verdaderamente mía?» ella contesta elocuente de pasión: «Soy tuya, amado mío, como lo sería un cuchillo que tuvieras en el bolsillo, propio para matar á un hombre ó para mondar una fruta.»

¡Qué feliz sería si supiese hasta qué punto Armando, allá en los Trembleaux, languidece y sufre privado de ella! Porque también el fiel muchacho cuenta los días y las horas. Por Enriqueta se aísla y rehúsa todo lo posible ir á las fiestas de los castillos vecinos, donde su madre quisiera que fuese. Con el recuerdo de su querida amiguita se encierra en la antigua biblio-

teca y pasea delante de los estantes polvorientos ó vaga tardes enteras bajo los álamos solemnes del gran parque. Porque Enriqueta está lejos no gusta de aquel hermoso paisaje y aquella antigua vivienda que traen, sin embargo, á su memoria los más dulces recuerdos de su infancia; porque Enriqueta está ausente, el gracioso castillo del Renacimiento, cuya elegante fachada se mira en un estanque donde nadan dos cisnes, parece á Armando lúgubre y sombrío como una prisión rodeada de fosos.

En cuanto á la señora de Bernard, sigue desgraciada y pensativa. Armando tiene con ella toda clase de miramientos, pero comprende que piensa siempre en su querida, que aquella ausencia no ha cambiado ni poco ni mucho el estado de su corazón, que la enemiga no está vencida. La madre celosa está desesperada. Mu-

chas veces, hablando con su hijo, ha tratado de abordar de nuevo este enojoso asunto ó aludirle al menos, pero entonces Armando se ha encerrado en un silencio respetuoso y suspicaz y únicamente se ha puesto encarnado y ha bajado los ojos.

Entretanto septiembre ha llenado las huertas de frutos maduros. Las uvas se han dorado en sus parras. Llega octubre con sus brumas matinales. Pasa y desaparece. Ya los árboles tienen hojas amarillas. Una mañana se presentan las lluvias de todos los años, las lluvias de otoño, pesadas y frías.

La señora de Bernard no tiene ya razones que dar á su hijo para retenerle en el campo. Va á comenzar el curso de la Escuela de derecho. Es necesario regresar á París, volver á la habitación del muelle Malaquais.

Al día siguiente del regreso vuelve á comenzar la lucha sorda.

Al levantarse de la mesa, la señora de Bernard se sienta á su bordado.

—¿Sales?

—Sí, mamá.

Su hijo sigue siendo el amante de Enriqueta. ¡Cómo la odia!

XI

Pero hoy no se trata de amores. Armando está enfermo, gravemente enfermo! Armando está en peligro de muerte!

La enfermedad le ha atacado seis semanas después de su vuelta á París. La señora de Bernard recuerda perfectamente que desde algunos días antes parecía inquieto, excitado. Empezó por quejarse de jaquecas, por llevarse á cada momento las manos á la frente, como si le pesara demasiado.

—¿Qué tienes?—le preguntaba asustada su madre.—Estás arrebatado de color. Eso no me gusta. No es natural.

Pero él contestaba sin preocuparse:

«¡Bah! Esto pasará.» Sacudía su hermosa cabellera, como para desechar el mal, y á pesar de las observaciones reiteradas de su madre, continuaba saliendo por las noches para ver á Enriqueta.—¡Oh, esta mujer!—y eso con las calles húmedas y el tiempo lluvioso de diciembre.

Por fin una mañana—¿no había vuelto después de media noche el pobre muchacho?—llamó al amanecer á Luis el ayuda de cámara y le dijo haciendo un esfuerzo para hablar:

—He pasado mala noche. Decididamente estoy enfermo... Vaya usted á buscar á mi madre. Tengo sed, tengo fiebre... Me duele mucho la cabeza...

Avisada inmediatamente la señora de Bernard, se puso á escape un peñador y corrió al lado de su hijo. Tenía el rostro muy encendido, la frente ardorosa y temblaba debajo de la ropa, castañeteando

los dientes, sacudido por estremecimientos continuos.

¡La fiebre tifoidea! ¡Si fuese la fiebre tifoidea! Precisamente en estos momentos reina en París en estado epidémico. La señora de Bernard recuerda haberlo leído en los periódicos, y es particularmente temible en las personas debilitadas: ¡Si fuera esto! ¡Dios mío, si fuera esto!

La señora de Bernard se lanza á las campanillas y pone toda la casa en movimiento.

—¡Leontina!—grita á la antigua criada de confianza que llega abrochándose el vestido.—Leontina, pronto, tome usted un carruaje... Vaya usted á buscar al doctor Jorly. ¡Qué venga en seguida, en seguida!

Y permanece allí, impotente, sin saber qué hacer, mirando á su hijo que esconde la cabeza debajo de la almohada y exhala grandes suspiros de sufrimiento.

Por fin, al cabo de un cuarto de hora, se presenta Leontina seguida del médico á quien ha tenido la suerte de coger en el momento en que iba á subir al carruaje para ir á su hospital.

Es un viejo práctico, de maneras metódicas y un poco anticuadas que escribe solemnemente al comienzo de sus recetas: «yo aconsejo» y no deja nunca de terminar sus fórmulas sin las tres letras cabalísticas M. S. A. (*misce secundum artem*). Pero es famoso por la seguridad de su diagnóstico, y por su ojo médico.

Se sienta al lado de la cama quitándose los guantes con lentitud, toma el pulso al enfermo, le interroga, le examina y luego se levanta diciendo con voz tranquila y serena:

—Otras peores he visto. Ya curaremos esto.

Pero su serenidad es ficticia y cuando

vuelve la cabeza, la señora de Bernard observa que frunce el ceño. Le lleva con ansiedad á la habitación inmediata.

¡Oh! ¡Qué horror! ¡Es lo que ella temía! ¡Es la fiebre tifoidea! El anciano y prudente médico se vé obligado á confesarlo á la madre en interés del enfermo, para que no prescinda de ninguna precaución. Y la enfermedad, según dice, se declara con estremada violencia. Luego redacta sus prescripciones y promete volver después de algunas horas.

Y durante diez días, diez días espantosos y mortales, la fiebre aumenta, el enfermo se debilita. Y el termómetro que su madre le pone de hora en hora bajo el sobaco—¡oh pobre joven! el menor movimiento le fatiga—el implacable termómetro marca siempre espantosa elevación de temperatura. Treinta y nueve grados. ¡Cuarenta! ¡Cuarenta y uno! ¡Y más allá

será la muerte! ¡Pero esos médicos son asnos! ¡No saben nada! ¡Hasta el doctor Jorly, en quien la señora de Bernard tenía toda su confianza! ¿Y si se equivocase? ¿Si careciera de prudencia ó de energía? Visita al enfermo muchas veces al día y presenta cada vez un aspecto más sombrío y receta su eterno sulfato de quinina. ¡Dosis enormes! ¿Si fuese demasiado...? ¿ó no fuese bastante? Ese tratamiento por los baños fríos de que tanto se habla, que ha hecho milagros según parece... ¿por qué no lo ensaya el doctor? La señora de Bernard quiere ver otros médicos, llamar en su socorro las celebridades, como si dijéramos, los primeros espadas.

Llegan en sus elegantes carruajes tres á la vez envueltos en grandes gabanes de pieles. Y la madre desolada quiere ver brillar la llama del genio en sus ojos fatigados, en sus tristes caras de sábios:

quiere adquirir confianza mirando la roseta que llevan en el ojal y recordando sus rimbombantes títulos de profesores y académicos, y sus nombres conocidos en toda Francia. Pero cuando están en presencia del enfermo, espía y descubre en sus rostros esa ligera mueca, ese gesto casi imperceptible que ya conoce en el doctor Jorly y que la hiela los huesos. Los médicos pasan gravemente al salón para consultar entre sí, y ella muriendo de angustia escucha detrás de la puerta el murmullo confuso de sus voces. ¡Virgen Santísima! ¡Si pudieran declarar en aquel momento que Armando no está en tan grave peligro, que responden de su vida! ¡Ah, qué gozo! Sería cosa de morir de alegría. Pero no. Reaparecen con sus fisonomías de esfinge impenetrable, y no consigue de ellos más que frases insignificantes: «Hay que aguardar.» «¡Se puede produ-

cir una reacción favorable!» y algunas frias palabras de esperanza. Miseria de miseria. ¿Es que su hijo va á morir?

Porque está cada vez peor, bien lo conoce. Los accesos de delirio son continuos.

En aquella habitación sofocante y apesando á botica, la señora de Bernard pasa días de veinticuatro horas, siempre despierta por el espanto, á la cabecera de aquella cama que parece exhalar un vapor de fiebre y en la que el enfermo se agita y gime débilmente. Las noches sobre todo son terribles. Doblada en un sillón por la fatiga y el dolor, la pobre madre trata algunas veces de orar, porque desde el principio, en presencia de su hijo en peligro, la corsa ha encontrado en el fondo de su alma todas las devociones italianas de su infancia. En Santo Tomás de Aquino se dicen todos los días muchas misas por la salud de Armando, y Leontina corre

sin cesar todo París para hacer quemar cirios ante todos los santos especiales en todos los altares privilegiados. Pero ni votos ni novenas han dado ningún resultado, y la señora de Bernard que en aquel mismo momento pasa distraidamente entre los dedos un rosario bendecido por el Papa, siente en el corazón impulsos de rebeldía y de blasfemia.

Algunas veces cuando el enfermo se tranquiliza reina en la habitación fúnebre, apenas iluminada por la luz de una lamparilla, un silencio lúgubre y profundo. Sólo el viejo péndulo de Sajonia que está sobre la chimenea, hace oír su palpitación rápida. Tic-tac, tic-tac, tic-tac. Y la señora de Bernard le escucha maquinalmente. ¡Qué deprisa anda el tiempo! ¡Cómo corren los segundos! ¡Cómo se precipitan! ¡Y hacia qué objeto desconocido? Tic-tac, tic-tac, tic-tac. ¿Quién les espera en la cita hacia

la cual galopan tan ardorosamente? ¡Si fuera la muerte!

Pero de repente la señora de Bernard se levanta. Su hijo se acaba de mover un poco, y ha dejado oír un leve quejido. Se inclina sobre él ansiosa con toda la angustia, con todo el cariño de madre.

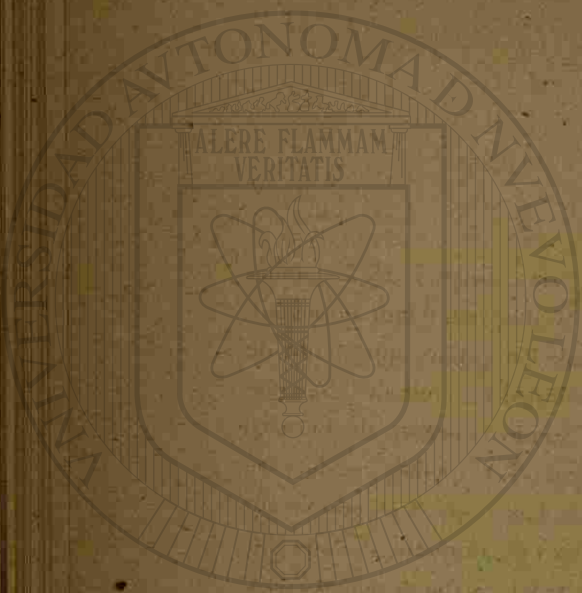
—¿Cómo estás, Armando? ¿Tienes sed, hijo mío? ¿Qué quieres?... Dilo... Te lo ruego.

El enfermo con el rostro demacrado, la boca reseca, la nariz afilada, abre los ojos que miran sin ver, los ojos aumentados desmesuradamente por la fiebre y desde el fondo de su delirio, en un murmurio apenas perceptible, en una especie de suspiro donde aún hay ternura, pronuncia un nombre de mujer:

—¡Enriqueta!

La señora de Bernard ahoga un grito de furor. ¡Enriqueta! ¡Aún piensa en esa

Enriqueta! La ve en su pesadilla y la llama en su agonía Pero si él muere, ella tendrá la culpa. ¡Sí, ella, la... la crapulosa, la libertina, la perdida que se ha apoderado de este miserable niño por los sentidos, que le ha vuelto loco, estenuado de amor y que le ha entregado débil, sin fuerza, sin aliento á la peste que pasaba! Los médicos lo han declarado. La enfermedad ha encontrado en Armando un terreno muy favorable. Estaba anémico, exangüe cuando cogió la fiebre. A no ser por esto, estaría ya en convalecencia, curado, salvado. Y ella, la madre, había de oír á su hijo moribundo llamar á esa Enriqueta. ¿No hacía esto hervir la sangre? ¡Oh, mujer maldita! ¡Infame que ha muerto á su hijo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Entretanto, los amigos de la familia Bernard des Vignes han tenido noticia de la enfermedad. Un grupo importante de la sociedad parisiense, el mundo del segundo imperio, donde la señora de Bernard es muy querida y respetada, se ha conmovido con la triste nueva y redobra sus manifestaciones de simpatía. A cada momento se detienen carruajes delante de la casa del muelle Malaquais. El lacayo salta ligeramente del pescante, entra en la portería, pide noticias y deja una tarjeta.

La hermosa casa del siglo último donde viven los Bernard no está provista, como hoy es moda, de una especie de can-

cerbero insolente que lee el periódico y se calienta las tibias en un salón con cierrre de cristales en que triunfan la encina tallada del faubourg San Antonio y los chinos de ocasión del Bon Marché. Se contenta con una portería del «antiguo régimen» donde se ve en el fondo de una alcoba el edredón encarnado de una cama de matrimonio, y que perfuman dos veces al día las preparaciones culinarias, cuya base es la cebolla. La portera, la señora Renouf, está en perfecta armonía con la apariencia íntima y patriarcal de su habitación. Aquella mujer gruesa, ya entrada en años, cuyo marido, ordenanza en un ministerio, encera las escaleras todos los sábados, está casi siempre sola para guardar la casa; y para combatir el fastidio de sus funciones sedentarias educa y cuida con amor en una jaula colgada de día junto á la portería y de noche encima

del fogón, muchas dinastías bulliciosas de canarios y verderones.

La señora Renouf no se limita á comunicar el boletín del médico á las personas, señores ó criados, que van á enterarse del estado de Armando Bernard, como harían con reserva diplomática los altivos funcionarios, los porteros caballeros de la avenida de la Opera ó del boulevard Haussmann. Parlanchina y sensible, corrige la sequedad de aquel documento con algunas reflexiones de su cosecha y se enternece en estilo porteril hablando de las ansiedades maternas de la señora de Bernard y de los padecimientos del joven é interesante enfermo.

A la portería de la señora de Bernard acude todas las tardes Enriqueta á saber noticias de Armando, al salir del taller.

La última vez que le vió estaba ya muy indispuerto y la dejó muy preocupada,

prometiendo escribirla al día siguiente. Pero pasó un día y luego otro sin que viese llegar la esperada carta. Cruelmente inquieta, hizo un esfuerzo de valor y traspasó de nuevo, temblando, el umbral de aquella casa que la daba tanto miedo, de aquella casa donde viven el hombre á quien ama y la mujer que la odia.

Enriqueta no ha ido desde hace seis meses y espera que nadie la conocerá.

Pero la señora Renouf tiene mejor memoria y en cuanto ve á la joven exclama:

—¡Ah! ¿Es usted, señorita Enriqueta? ¡No la vemos por aquí nunca! ¿Viene usted sin duda á saber cómo está el hijo de la señora de Bernard? ¡Ah!... Nada bien... pobrecito... Parece que decididamente es la fiebre tifoidea. Pero... ¿qué tiene usted? Está usted pálida... Ay, Dios mío, se pone mala...

Enriqueta vacila en efecto con el cora-

zón traspasado. La señora Renouf la hace sentar en su sillón, el ancho sillón donde ella da cabezadas por la noche al lado del cordón; luego busca su frasco de agua de melisa, no lo encuentra y empieza á aturdirse. Pero la griseta que desfallece deja caer su frente sobre el hombro de la buena mujer, y sin fuerza para contener su dolor exclama rompiendo á llorar:

—¡Armando!... ¡Mí pobre Armando!

No necesita la señora Renouf más amplias confianzas. Estupefacta al pronto, no ha tardado en comprenderlo todo. Pero la vieja tiene corazón. Sin duda ha amado como otra cualquiera en sus buenos tiempos, y le revuelve la sangre ver tan apenada á aquella bella joven, y hace todo lo posible por animarla.

—¡Cómo, señorita Enriqueta! ¿Es usted la amiga del señorito Armando? Temo, querida mía, que hayan hecho usted y él

una gran locura. Pero ahora no se trata de eso. En primer lugar no hay que desesperarse... Está enfermo, es verdad, pero es joven y tiene resistencia. Se curará, lo apostaría... ¡Vamos, vamos! Tranquilícese usted... ¡Oh! Ya lo sé... Esos dolores hacen padecer mucho... cuando se tiene un sentimiento... Yo he pasado por eso, porque no siempre he sido una vieja ridícula que cría canarios... ¡Cómo! ¿Llora usted?... Pues bien, deje usted correr las lágrimas. Después de todo no hay más que eso que consuele.

Y la pobre mujer, que enternecida viendo llorar á la joven, estaba á punto de llorar también, atrajo sobre su ancho pecho la linda cabecita desolada y la acarició dulcemente.

—Señora Renouf, usted no era más que una simple portera, y lo que es más, una portera á quien no tolerarían en una casa

que se respete. Su portería apostá á cocina, á cebolla y á pájaros. Usted no era más que una vieja muy rara y muy vulgar—y la nariz compasiva que inclinaba sobre Enriqueta estaba atestada de tabaco.* Sin embargo, bendita sea usted, señora Renouf, porque bajo su ropa de india amarilla con florecitas hay algo más difícil de encontrar de lo que generalmente se piensa: un corazón indulgente y bueno. Y gracias á usted esta hija del pueblo, esta pobre enamorada, cuya falta era tan perdonable y á quien la dureza de las leyes sociales niega el consuelo de abrazar á su amante en la agonía, pudo al menos reposar un instante su frente cargada de dolor en un seno de mujer y sentir palpitár un poco de compasión maternal.

Todas las tardes Enriqueta acudía á pedir noticias de Armando á la señora Re-

nouf, después de terminar su trabajo. Porque este es el destino de los pobres: necesitan trabajar y ganar la vida aunque tengan el corazón lleno de amargura. Con el barro y la niebla de las noches de invierno, corría bajo los pórticos de la calle de Rivoli, atravesaba el desierto del Carrousel, y los que veían á la fría luz de la electricidad aquella griseta desfilando con pie ligero y la falda levantada, podían ¡ay! imaginar que corría á una cita galante. Pero en cuanto llegaba al puente de las Artes Enriqueta acortaba el paso. Allá sobre el muelle, en una ventana que conocía perfectamente, distinguía una luz que brillaba débilmente. Allí era donde su amado luchaba con la muerte. Entonces se sentía invadida por un temor súbito y procuraba retrasar el momento de entrar en casa de la señora Renouf. Las últimas noticias eran muy alarmantes: «Fiebre intensa. El

enfermo muy agitado.» ¿Qué iba á saber todavía más siniestro y terrible?

Y así llevaba ya diez días, durante los cuales la pobre muchacha había vivido envuelta en una atmósfera de espanto.

Sin embargo, una de las oficialas de Pamela que había tenido la fiebre tifoidea y á quien Enriqueta interrogó sobre la terrible enfermedad, le dijo que el peligro de muerte, después del noveno día, si no estaba conjurado, por lo menos disminuía. Esta es una preocupación popular que la esperanza de Enriqueta aceptó apasionadamente. Quiso creer y creyó que la juventud de Armando saldría victoriosa de la lucha, que se curaría, que ya estaba mejor. Aquella tarde se acercó con paso más firme al muelle Malaquais y casi confiada levantó el picaporte de la portería.

¡Gran Dios! En la mesa redonda, al lado de las tarjetas amontonadas, no ve

aquella hoja de papel, el boletín del médico, cuya sola vista la llenaba de terror y sobre el cual sin embargo se arrojaba con tanta avidez. La señora Renouf, con aspecto de consternación, se levanta de su butaca, deja caer los brazos... ¡Todo ha concluido!... ¡Armando ha muerto!

¡Armando ha muerto! Un dedo invisible lo ha señalado entre toda la turba humana; un hálito misterioso ha soplado sobre él, y aquel espíritu luminoso, aquel corazón ardiente de amor, aquella mirada en que flotaba la sombra de tantos dulces y hermosos ensueños, aquel foco de juventud, aquella llama de esperanza, todo se ha extinguido bruscamente como cae y se extingue una estrella en el sombrío azul de una noche de septiembre.

¡Armando ha muerto! Dentro de dos días sus jóvenes amigos de las escuelas

estarán reunidos junto á una tumba abierta. Teodoro Verdier, sinceramente poeta, en tan triste ocasión leerá algunas estrofas sentidas, un adiós conmovedor. En seguida los estudiantes se dispersarán á través de las calles húmedas y deshojadas del cementerio, abandonándose á la pasajera tristeza de que es capaz la juventud. Después volverán á sus placeres, y el recuerdo del compañero desaparecido se borrará poco á poco de su memoria.

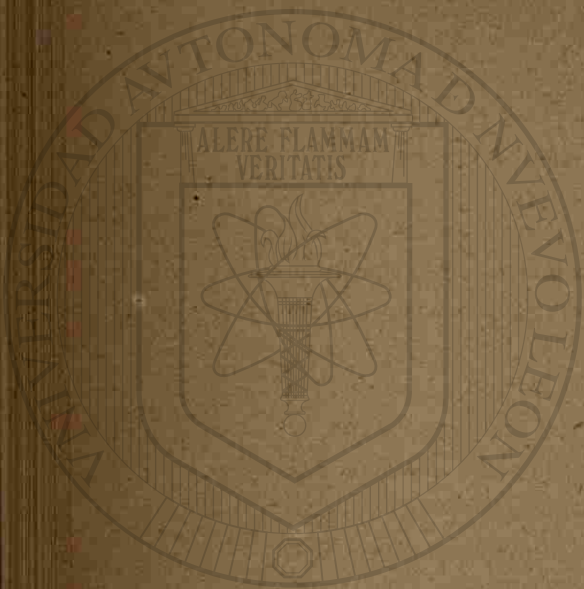
¡Armando ha muerto! Cerca de los Inválidos pondrán un cartel amarillento á la puerta de una casa amueblada. Dentro de poco tiempo «la habitación de oficial superior», vuelta á su destino normal, tendrá en todos los rincones sables de reglamento y botas con espuelas. Y el espejo delante del cual Enriqueta se ponía el sombrero antes de partir, mientras Armando la sorprendía aún con un postrer

beso en la nuca, el espejo verdoso y mal azogado no conservará huella de aquellos dos rostros encantadores.

¡Armando ha muerto! Al otro lado de los mares y de los continentes, allá en el extremo Oriente, el general Voris recibirá en su casa de bambú dentro de algunas semanas la esquila de defunción llena de sellos del correo y manchada por el cloruro de los lazaretos, y pensará lleno de amarga melancolía que la única mujer á quien ha amado le sacrificó á aquel joven que no debía vivir.

¡Armando ha muerto! Cerca de la almohada donde reposa su cabeza pesada y pálida, que ha recobrado por algunas horas después del último suspiro una belleza joven y serena, su madre rodeada de mujeres enlutadas, su madre, que da pena verla, se retuerce en un dolor trágico y lanza gritos de bestia salvaje, rugidos de

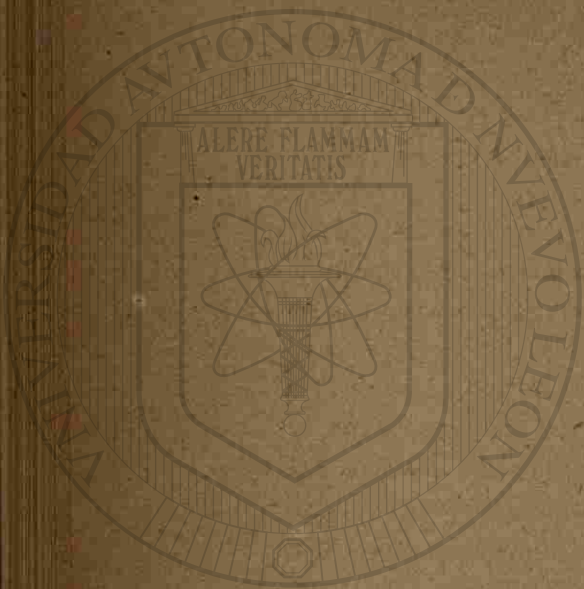
Hécuba, mientras abajo en la portería, sobre la cama, de la que ha desaparecido el edredón encarnado, está tendida Enriqueta con el corsé abierto, el rostro bañado en lágrimas y desmayada por segunda vez en brazos de la buena señora Renouf, que la moja las sienes con vinagre y la habla mimosamente como á una niña enferma.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

Después de la muerte de Armando hubo entre todos los que conocían á la señora de Vernard des Vignes una verdadera conspiración de amistad para no dejar á la desgraciada madre sola con su desesperación, y rodearla y distraerla. Entonces recibía la digna recompensa de su noble existencia, toda de honor y de virtud, encontrando verdaderas amistades donde no creía tener más que relaciones sociales, y descubriendo sentimientos sinceros en mujeres que hasta entonces había creído muy superficiales. La soledad en que al pronto quiso encerrarse obedeciendo á un primer instinto de retraimiento, fué dulce-



XIII

Después de la muerte de Armando hubo entre todos los que conocían á la señora de Vernard des Vignes una verdadera conspiración de amistad para no dejar á la desgraciada madre sola con su desesperación, y rodearla y distraerla. Entonces recibía la digna recompensa de su noble existencia, toda de honor y de virtud, encontrando verdaderas amistades donde no creía tener más que relaciones sociales, y descubriendo sentimientos sinceros en mujeres que hasta entonces había creído muy superficiales. La soledad en que al pronto quiso encerrarse obedeciendo á un primer instinto de retraimiento, fué dulce-

mente interrumpida por conmovedoras simpatías. Supieron hablarle de su dolor sin lastimarla, tocándolo con mano ligera. Menos altiva desde que era más desgraciada, apreció el consuelo de quejarse y ser compadecida, de sentir manos amistosas estrechar las suyas, de abandonar su frente sobre el hombro de una confidente conmovida. No se podía consolarla, pero al menos se la calmó haciendo su vida menos insoportable.

No había querido que Armando fuese transportado á provincias y enterrado junto á su padre. En París era donde ella tenía aún algunos parientes; en París era donde durante la enfermedad había sentido circular en torno suyo una corriente de estimación y afecto. En París se proponía vivir en adelante, puesto que era preciso vivir, y no quería estar lejos de la sepultura de su querido hijo.

Le hizo construir una tumba muy sencilla en el cementerio de Montparnase, pero siguió tanto tiempo enferma de pena y de fatiga que no pudo vigilar por sí misma los trabajos, y cuando seis semanas después el féretro fué retirado de la sepultura provisional y colocado en su morada definitiva, la señora de Bernard no tuvo fuerzas ni valor para asistir á la lúgubre ceremonia.

Pero el domingo siguiente, encontrándose un poco menos débil, quiso ir á orar por primera vez sobre la tumba de su hijo, y después de oír misa en Santo Tomás de Aquino, subió en su berlina llena de ramos y de coronas, y se hizo llevar al cementerio.

Había tenido empeño en hacer enteramente sola esta peregrinación, habiéndose opuesto hasta á que la acompañase su vieja Leontina. Habiendo tomado indica-

ciones precisas sobre el lugar que ocupaba el monumento, bajó del carruaje, entró en el cementerio envuelta en su largo velo negro, con las manos y los brazos cargados de homenajes fúnebres, buscó algún tiempo su camino, y por fin, después de pasar revista á muchas filas de tumbas, leyó — ¡con qué horrible angustia de su corazón! — el nombre de Armando Bernard grabado en la piedra nueva.

Pero de repente se detuvo. Su cuerpo encorvado bajo el peso del dolor se irguió y en sus ojos preñados de lágrimas se encendió una llama de cólera.

Alguien la había precedido. ¡Sus flores no llegaban las primeras!

Había ya sobre la tumba de Armando un ramito de violetas de diez céntimos que debía estar allí desde muy poco antes, porque las humildes flores estaban aún frescas.

La señora de Bernard no dudó ni un momento. Aquello procedía de Enriqueta.

Desde que murió Armando la desgraciada madre había hecho todo lo posible por no acordarse de la querida de su hijo. No quería conservar de él en su memoria más que una imagen pura, ni evocarle más que adornado de su inocencia y su castidad de niño. Los seis últimos meses de la vida de Armando, su comercio con una mujer indigna de él, la lucha que había sostenido contra su madre á causa de aquella Enriqueta, aquel rapto de locura sensual — porque evidentemente no era otra cosa — todo esto manchaba, profanaba la memoria de su hijo, todo esto era demasiado penoso. No quería pensar más en ello, y casi lo había logrado. Y de repente aquel pasado vergonzoso y detestable se presentaba ante su vista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 NEW YORK, N.Y.

Aquella miserable cuyos besos habían sido tal vez mortales para Armando osaba llevar flores á su tumba. ¿Y con qué derecho? ¿Con qué título? ¿Por qué le había amado? ¿Acaso pueden llamarse amor los ardores de una muchachuela en su primavera? ¿Por qué le amaba aún? ¡Vaya! Sensiblería de griseta que no volverá á acordarse de él dentro de un mes, de quince días, en cuanto tenga otro amante. ¡No, no! Ella, la madre del corazón atravesado por siete espadas, no puede sufrir que aquel ramo permanezca al lado de los suyos. Sobre aquella piedra á que ella se acerca desbordando de sollozos y oraciones, no quiere el homenaje de una bribona que ha llegado allí lloriqueando con el corazón lleno de recuerdos impuros. ¡Al montón de las inmundicias, al basurero las flores obscenas!

Y la señora de Bernard se inclina para

coger las violetas y tirarlas lejos; pero no se atreve á realizar el atentado.

¡Despojar una tumba! ¡Es casi un sacrilegio! ¡Si su hijo la vieses! ¡Ay! Esa ofrenda ha sido tal vez grata al que duerme allí para siempre. ¿Quién sabe si las primeras flores que han engalanado su sepultura no son para él más queridas que las que lleva su madre enlutada? ¡Ah! ¡Qué cruel pensamiento!

Pero la señora de Bernard recuerda que ha ido allí para orar y se acusa de abandonarse en semejante lugar á sentimientos de rencor. Se pone de rodillas y hace la señal de la cruz. Sí. Ha sonado la hora de todos los perdones. Sí. Pensando en su pobre hijo muerto, ella sólo debía recordar que durante veinte años había sido su consuelo, su orgullo y su alegría. Sí. Debía estar llena de indulgencia para esa joven, que después de todo quizás ha

amado sinceramente á su Armando, y que en todo caso no le ha olvidado, puesto que ha puesto allí las flores emblema de su fidelidad.

Y cuando la señora de Bernard, después de permanecer largo rato en oración, se levanta para partir, y dirige á la tumba una postrera mirada de despedida, las flores de Enriqueta continúan en su sitio.

Desde entonces todos los domingos la señora de Bernard vuelve al cementerio y siempre puede persuadirse de que Enriqueta ha llevado por la mañana su recuerdo perfumado.

Pasó el tiempo. Con las estaciones variaron las flores; pero siempre fueron las de la flora popular, las que venden en los carretoncitos de mano á lo largo de las aceras. A los ramos de violetas siguieron los puñados de alelís, las ramas de lilas, los botones de rosas. Ante tanta constan-

cia la señora de Bernard se iba sintiendo desarmada. El sentimiento de Enriqueta era, pues, más fuerte, más duradero de lo que había creído? ¿Quién sabe? ¡Armando era tan amable, tan seductor! Y enterreciéndose con el recuerdo de su hijo muerto, su madre se hacía más clemente con la que le había amado. Si algún día por casualidad hubiese encontrado á la joven tal vez se hubiera arrojado en sus brazos, tratándola como igual ante el dolor. Sin embargo, á cada nuevo ramo la señora de Bernard experimentaba una especie de extraño despecho. Seguía estando celosa de Enriqueta, celosa de sus recuerdos, de su pena y era aún rival por las lágrimas.

Entretanto la liga afectuosa que se había formado en torno de la señora de Bernard proseguía su obra. A la larga la habían decidido á hacer una vida menos

claustral, menos salvaje. Cediendo á insistentes y afectuosas instancias consintió en recibir y hacer varias visitas y en tomar parte algunas veces en reuniones íntimas.

Hacía ya un año que Armando no existía. Había vuelto el invierno. Entonces eran crisántomas lo que Enriqueta llevaba, y la señora de Bernard las encontraba muchas veces rodeadas de nieve.

Un dolor como el de aquella pobre madre no podía consolarse, pero se hacía, gracias al tiempo, menos agudo, menos áspero. Aquel dolor que debía ser eterno no era continuo.

¡Olvidar! ¡Olvidar! ¡Es el secreto de vivir!

ha dicho Lamartine en un verso admirable que expresa una amarga verdad. Seguramente la señora de Bernard no olvidaba, pero en fin, vivía.

Algunas semanas después de la misa de cabo de año, celebrada por el descan-

so de Armando—¡oh! aquel día ¡qué recuerdos tan terribles, qué llaga renovada!—la señora de Bernard supo que el general Voris había regresado del Tonkín.

Había escrito propósito de la muerte de Armando una carta llena de tacto y de sensibilidad; luego no había vuelto á dar noticias suyas, y de vuelta en París se limitó á dejar una tarjeta en casa de la señora de Bernard.

Pero ésta no tardó en advertir que muchas de sus amigas pronunciaban con mucha frecuencia delante de ella el nombre del señor de Voris, y pronto adivinó con qué intención. El general seguía amándola, lo sentía, estaba segura. Acaso no había vuelto á Francia más que por acercarse á ella. Sabía que estaba sola en el mundo. Debía pensar que entonces que-rría tal vez aceptarle por consuelo y por marido, y sin duda en el círculo que la

rodeaba había ganado discretamente para su causa algunas mujeres.

¿Volver á casarse? ¿Empezar otra vez la vida? La pobre mujer no creía que esto fuera posible. Sin embargo, ¿cómo no moverse con aquel amor firme é inalterable, que nada lograba fatigar, que había resistido, aunque sin esperanza, al tiempo y á la ausencia? Sí. En otro tiempo había sentido alguna inclinación hacia el señor de Voris. ¡Ay! ¿Qué podría ofrecerle hoy á cambio de su sentimiento tan profundo? Un corazón destrozado nada más. Pero con despojos se hacen los nidos.

¡Treinta y nueve años! ¡Si es casi una vieja! ¿En qué está pensando?

Por casualidad se mira al espejo. Ha llorado tanto que sus párpados están marchitos. Sin embargo, aún se parece un poco á su retrato pintado por Dubufe, á su retrato de cuando tenía veinte años,

Hay en aquel espejo algo más que un fantasma de la admirable Blanca Antonini, de la joven Diana de las cacerías de Compiègne. El mármol de su tez está un poco amarillento. Algunos hilos blancos corren por su abundante cabellera. Pero ha conservado su perfil puro y elegante, su talle esbelto y gracioso, sus hombros hechos para un manto real.

—¡Bella aún!—suspiró con dulce melancolía. — ¡Ah! ¡Locura! ¡Locura!

Precisamente aquel día la antigua dama de honor de la emperatriz, la anciana duquesa de Briedland, excelente señora que ha manifestado en los últimos tiempos á la señora de Bernard un interés maternal, la invita á tomar el té con ella en un pequeño círculo de amigos.

—Encontrará usted allí, querida mía, le dice á uno de sus antiguos admiradores, al general Voris.

Aceptar sería para una mujer del carácter de la señora de Bernard dar una esperanza al general, comprometerse casi con él. Se excusa, da un pretexto, pero queda llena de confusión.

¿Por qué ha rehusado? Ese casamiento, que satisfaría por otra parte todas las conveniencias, no tendría para ella nada que no fuese dulce y consolador. Ya ha pensado en esto muy formalmente. Su corazón interrogado en voz muy baja habla en favor del general. Ya se ha preguntado: «¿Por qué no?» Ya ha estado á punto de contestarse: «Sí». ¿Qué es lo que la detiene en el umbral de ese refugio donde después de tantos sufrimientos podría esperar un poco de reposo? ¿Qué la hace vacilar?

Casi nada. El ramito de violetas que ha encontrado todavía el domingo último sobre la tumba de Armando.

Sin duda tiene el derecho de volver á casarse sin ser infiel á la memoria de su hijo. El señor de Voris, cuyo corazón conoce, respetaría y hasta alentaría en ella el culto de este recuerdo. No importa. Mientras Enriqueta lleve flores al cementerio, la señora de Bernard permanecerá viuda. No quiere ser vencida en aquella rivalidad de dolor y de constancia.

Pero el domingo siguiente no hay sobre la piedra tumular más que las violetas de la última vez, negras y secas. Enriqueta no ha ido á renovar su ramo.

¡Ah! ¡qué alegría irónica y malévolamente en el corazón la señora de Bernard! Ya lo había previsto. La querida de Armando se descuida, se consuela. ¡Vamos, vamos! Solamente las madres no olvidan nunca.

Sin embargo, no se debe formar un juicio temerario. Enriqueta puede ser de-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
ALFONSO REYES
1925 MONTERREY, MEXICO

tenida por fuerza mayor, estar ausente ó enferma. Conviene esperar.

Pero pasan uno, dos, tres domingos; nada, siempre nada.

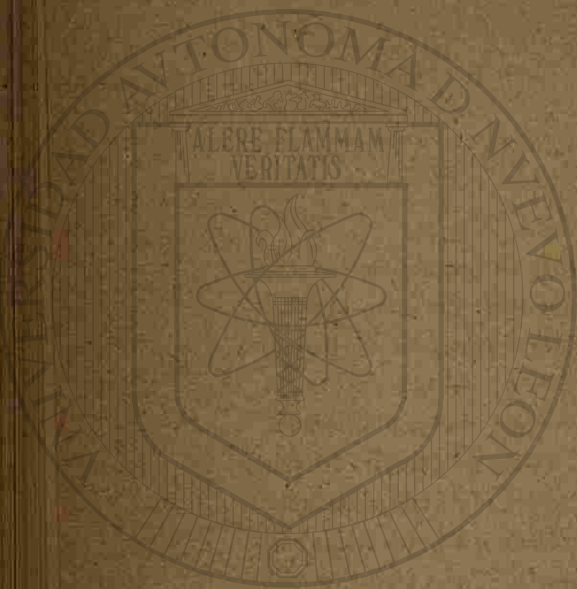
Aquello es un triunfo para la señora de Bernard. Sí; cien veces sí. Su repugnancia ante aquellas flores impuras era legítima. ¡Armando, Armando! Sólo tu madre te ha amado de veras. Puede para acabar la vida, para bajar la cuesta apoyarse en el brazo de un antiguo amigo, de un hombre honrado. Pero duerme tranquilo, hijo querido. Tu tumba está en el corazón de tu madre y ocupará siempre en él el mejor lugar. Mientras que esa mujer... ¿lo ves?... Ya acabó su pena... Sin duda tiene otro amante. ¡Ah! Pobre muerto, no cuentes más que con tu madre para perfumar tu eterno sueño. Tu Enriqueta no volverá al cementerio. Ha olvidado el camino.

La duquesa de Friedland vuelve á casa de la señora de Bernard y le dice:

—Decididamente usted me aborrece, querida amiga. Lo digo porque parece que se ha propuesto usted no darme gusto. Yo que deseo tanto ver á usted un miércoles en mi té de las cinco de la tarde. El general Voris tiene la bondad de no faltar y nos horroriza con sus historias de piratas del Río Colorado.

Y la viuda, libre de su último escrúpulo, responde, no sin cierta emoción:

—Aseguro á usted que no hay de mi parte ningún propósito, señora duquesa. Cuente usted conmigo el miércoles próximo.



XIV

¡Día radiante! ¡Hermosa mañana!

Bajo los esplendores del cielo azul, el paisaje de los muelles parisienses parece renovado y rejuvenecido. En la parada de coches, cuyo cuero barnizado brilla al sol, el reloj del kiosco señala el medio día y estamos a 1.º de junio. ¡Hermosa hora y bella estación! El Sena con sus ondas verdes parece correr hoy más alegre y más rápido. Los transeuntes se detienen delante de los puestos de libros sintiendo un calor agradable en los riñones, y sobre el puente de las Artes, salpicado por los efluvios de la primavera, uno de los más ancianos miembros del Instituto se sor-

prende tarareando una canción de Desaugiers, que la cantaba en el reinado de Carlos X en un gabinete del *Rocher de Cancale* una griseta con zapatos bajos y mangas de bullones. Verdaderamente rejuvenece. Es preciso vivir.

En su tocador, donde entra por la ventana el aire puro y la luz esplendorosa, la señora de Bernard des Vignes — sí, es la misma — sufre la influencia benéfica del hermoso día.

Pasado mañana va á casarse; pasado mañana se quitará el luto; y encima del diván, en una caja abierta, está el sombrero que se pondrá para la ceremonia. Hace poco la modista se lo presentaba, diciendo con su amable voz de comerciante inteligente:

—Ya lo ve usted, señora. Es lo que usted deseaba. Una cosa seria... Nada más que esta ramita de lilas.

Y probándose el sombrero delante de un espejo, la señora de Bernard lo encontró de un gusto delicioso; vió que le sentaba á la perfección y sonrió.

Sí, sonrió, porque ha aprendido otra vez á sonreír. La aman; ha vuelto á ser mujer y quiere agradar. El día en que á solas con el señor de Voris, que la suplía, le dirigió una mirada de consentimiento, la señora de Bernard vió al héroe soldado de las campañas de Metz y del Tonkín caer de rodillas á sus pies, mudo con la emoción de la felicidad y llorar sobre sus manos como un niño. ¿Podrá amar todavía? Por lo menos está segura de ser bien amada. ¡Oh! ¡Cómo va á descansar, á refrigerarse en ese baño de ternura! Además, ¡es tan dulce hacer á alguien feliz!

No, Armando no está olvidado, ni lo estará nunca. Pasado mañana, arrodillada

al lado de su nuevo esposo, la señora de Bernard pensará en su hijo, rogará por él. Y sin embargo, sin embargo... ¡qué lejos está de la antigua desesperación! La negra tristeza que la había sucedido se disuelve y evapora en melancolía... No. Armando no está olvidado. Entretanto la herida se cierra y se cicatriza. La inconsolable padece menos y hace poco — ¡ah, miserable naturaleza! — sonreía á su sombrero de bodas, á ese lindo adorno.

Pero un criado entra y le presenta una carta en una bandeja.

Letra desconocida. La señora de Bernard rompe el sobre. Cuatro páginas. ¿De quién puede ser esta larga epístola? Busca y encuentra la firma: «Enriqueta Perrín,» y lee lo siguiente con un estremecimiento que recorre todo su cuerpo.

«Paris, hospital Necker, 28 de mayo.»

»Señora:

»Estoy muy enferma en el hospital Necker, y tan débil que no puedo siquiera coger la pluma en la mano. Una vecina de sala, que se halla en convalecencia, tiene la bondad de escribir por mi dictado, y cuando yo esté muerta, sólo cuando esté muerta — lo que no tardará en suceder — hará llegar á usted esta carta.

»No quiero morirme sin pedir á usted perdón por los pesares que la he ocasionado. Supe por Armando lo disgustada que tenían á usted mis relaciones con él. Usted me había admitido en su casa, había sido muy buena conmigo, y siendo la amiga de Armando parecía que yo abusaba de su confianza. Comprendo que us-

ted me odiase mucho y que formara mal concepto de mí. Sin embargo, espero que tenga compasión y me perdone cuando reciba esta carta; porque entonces habré muerto de pena. Los médicos dicen que estoy enferma del hígado, pero desde la muerte de mi amado Armando me siento morir, esta es la verdad.

»Señora, no se miente cuando se va á espirar. Hay que créerme. Yo juro que Armando ha sido mi primero y mi único amigo. Le amé desde luego como una pobre loca, como no es posible amar más. Pero no he sido coqueta, lo aseguro, y aún estoy asombrada de que no se haya avergonzado de una amiga tan ignorante y tan vulgar como yo. Sea usted indulgente, señora, y piense que los dos éramos tan jóvenes...

»Yo sabía que aquello no duraría mucho tiempo, que los jóvenes distinguidos

deben casarse con personas de su clase, que pronto ó tarde usted decidiría á su hijo á dejarme. Pero estaba resignada de antemano, y puede usted creerme, la que había logrado el amor de Armando no hubiera sido una mala mujer. Sí, yo habría sabido vivir en mi rincón con mi caro y único recuerdo de juventud, consolándome con la idea de que Armando hubiera sido feliz con una esposa bella y joven y hermosos hijos. Pero lo que no he podido soportar es que haya muerto en pocos días, á los veinte años, sin abrazarle por última vez.

»Cuando lo supe en la portería de su casa recibí el golpe que me ha muerto. Desde aquel día terrible siento helado mi corazón. Desde luego me sentí indisputa. Además, dos meses después que Armando murió mi anciana tía, y quedé sola. Seguía trabajando—era preciso—

pero como una máquina, y pasaba horas y días sin decir una palabra, con mi pena que me devoraba. Mi único consuelo era ir los domingos por la mañana á llevar flores á la tumba de Armando. Y á propósito de esto, señora, doy á usted gracias por haber dejado mis ramitos al lado de los suyos. Esto es lo que me ha hecho esperar que me odiase usted un poco menos, que casi me perdonara. Por fin caí gravemente enferma. No podía trabajar, carecía de recursos y tuve que venir al hospital. ¡Pero si usted supiera lo que padecí el primer domingo que pasé aquí, pensando que usted no encontraría más que mi ramo marchito de la última vez y creería que había olvidado á mi Armando! Por eso le dirijo esta carta, á fin de que usted sepa que muero con su nombre en los labios.

«Señora, ayer me confesé. La persona

á quien dicto esta carta tiene religión y me aconsejó que llamase á un sacerdote. Desde mi primera comunión no había vuelto á la iglesia, y los curas me daban un poco de miedo. Pero el que vino me habló muy dulcemente y me dijo que mis faltas serían perdonadas. Usted será tan buena como él, ¿no es verdad? y no me aborrecerá por haber amado tanto á su querido hijo.

«Adiós, señora. Si yo osara dirigir á usted una súplica la pediría que cuando fuera al cementerio de Montparnasse comprara, como hacía yo, un ramo de diez céntimos nada más y lo dejara en la tumba de Armando, en mi nombre, al lado de los suyos. El señor cura me ha dicho que se encuentra en el cielo á los que se ha amado, pero á pesar de todo me parece que Armando se alegrará en su féretro de recibir el recuerdo de su pobre amiga. Será

usted muy buena y muy generosa, señora,
si recuerda y satisface el último deseo de
su respetuosa y humilde servidora,

»ENRIQUETA PERRÍN.»

La señora de Bernard des Vignes prorumpió en llanto al terminar la lectura de esta carta. ¡Cómo ha palidecido de repente el sol de junio! ¡Qué triste está este día de primavera! ¡Y allí encima del diván, en aquella caja abierta, el lindo sombrero de boda, con su ramo de lilas! ¡Siente disgusto al verlo la desposada de mañana! ¡Tiene vergüenza!

Sí, ha perdonado y perdona. Sí, cumplirá el deseo de la muerta. Pero con los ojos fijos en la firma de Enriqueta Perrín, en las dos únicas palabras que la pobre joven ha podido trazar con su mano mo-

ribunda, la madre de Armando murmura en voz baja, con acento de vencida, con un movimiento supremo de rencor y de celos:

—¡Le amaba mejor que yo!

FIN

